

GIL Y ZÁRATE, ANTONIO (1793-1861)

CARLOS SEGUNDO, EL HECHIZADO

PERSONAJES

INÉS.

EL REY, don Carlos II.

FRAY FROILÁN DÍAZ, confesor del rey.

FLORENCIO, paje del rey.

EL CARDENAL PORTOCARRERO.

EL INQUISIDOR GENERAL.

EL CONDE DE OROPESA, presidente de Castilla.

EL CONDE DE MONTALTO presidente de Aragón.

EL CONDE DE SAN ESTEBAN.

EL CONDE DE FRIGILIANA.

HARCOURT, embajador de Francia.

HARRACH embajador de Austria.

EL VICARIO DE LAS MONJAS DEL ROSARIO.

EL PRIOR DE ATOCHA.

EL PRIOR DEL ESCORIAL.

UN COMISARIO DE LA INQUISICIÓN.

EL CARCELERO DE LA INQUISICIÓN.

EL TREMENDO.

UN TAHONERO.

UN ARMERO.

UN TABERNERO.

UN ALGUACIL.

UN CRIADO DEL CONDE DE OROPESA.

UN UJIER DE PALACIO.

UN OFICIAL DE LA GUARDIA.

EL CAPITÁN DE LOS SOLDADOS DE LA FE.

UN MONJE DEL ESCORIAL.

AGENTES 1º Y 1º DEL MOTÍN.

HOMBRES 1º, 2º, 3º, 4º Y 5º DEL PUEBLO.

MUJERES 1ª Y 2ª DEL PUEBLO.

MUCHACHOS 1º Y 2º DEL PUEBLO.

UN CAPUCHINO.

DOS SACRISTANES.

GRANDES.

SEÑORAS.

CRIADOS DEL REY.

CRIADOS DE OROPESA.

PAJES.
GUARDIAS.
ALGUACILES Y FAMILIARES DE LA INQUISICIÓN.
SOLDADOS DE LA FE.
HOMBRES, MUJERES Y MUCHACHOS DEL PUEBLO.
FRAILES DE ATOCHA.

ACTO I

El teatro representa la cámara del REY.

Escena I

FROILÁN, FLORENCIO.

FROILÁN
Alabado sea Dios.

FLORENCIO
Por siempre alabado, amén.

FROILÁN
¿Qué hay, Florencio?

FLORENCIO
El rey os llama

FROILÁN
¿Tan temprano?

FLORENCIO
Son las diez.

FROILÁN
Como no suele...

FLORENCIO
¿Y qué importa?
¡Qué linda flema tenéis!

FROILÁN
¿Se ha de salir en ayunas

uno a la calle?

FLORENCIO

No a fe.

¡Todo un padre Froilán Díaz,

todo un confesor del rey!

¡No faltaba más...! Por eso

muy reforzado vendréis,

no con manjares livianos,

sino fruta de sartén:

jamón, torreznos... y es justo;

porque el oficio es cruel.

FROILÁN

Pajecillo sin conciencia,

ni temor de Dios, yo haré...

En fin, ¿qué sucede, di?

FLORENCIO

¿No sabéis...?

FROILÁN

¿Qué he de saber?

FLORENCIO

Hemos tenido una noche...

¡qué noche...! Por poco el rey

se nos queda entre las manos.

FROILÁN

¿Qué dices? ¿Le dio otra vez

el insulto?

FLORENCIO

Sí, terrible,

cual nunca... Yo me asusté.

¡Qué temblor! ¡Qué convulsiones!

¡Qué alaridos...! Más de seis

éramos a sujetarle;

mas, ¿quién le sujeta, quién?

Parece, Dios me perdone,

un endemoniado.

FROILÁN

Pues

no hay que burlarse, que acaso...

FLORENCIO

¿Qué?

FROILÁN

No digo que lo esté;
mas los síntomas... Y luego
la gente ha dado en creer...

FLORENCIO

Dichos del vulgo.

FROILÁN

Algo más;
que el tribunal de la fe
ha llegado a tomar cartas
en el asunto, y tal vez...

FLORENCIO

¿Formará causa al demonio
y en un anto le hará arder?

FROILÁN

¡Hereje...! Calle esa lengua.

FLORENCIO

¡Ay, del refrán me olvidé!:
¡Con la inquisición, chitón!

FROILÁN

¡Pues cuidado...! Yo no sé,
en verdad, cómo a su lado
el rey te puede tener.
¡Un hombre sin religión!

FLORENCIO

Padre, no me calumniéis:
que a veces quien más la invoca,
más la vulnera también.
Soy joven, vivo y alegre;
el rey es triste; tal vez
suelo sus melancolías
con mis chistes distraer.
¡Qué mucho, pues, que me quiera,
que me proteja! -Sabed
(Más bajo, acercándose a él.)

que quiere ser mi padrino.

FROILÁN
¿Qué, te casas?

FLORENCIO
Sí.

FROILÁN
¿Con quién?

FLORENCIO
Con un ángel.

FROILÁN
¿Será joven?

FLORENCIO
Sí; de mi edad vendrá a ser.

FROILÁN
¿Bella?

FLORENCIO
Sin igual.

FROILÁN
¿Modesta?

FLORENCIO
El mismo candor.

FROILÁN
¡Muy bien!
No hay que preguntar si la amas.

FLORENCIO
La amo, la adoro: poco es.
Cuando en ferviente oración
vuestra mente con desdén
de este mundo se desprende
y el cielo entreabierto ve,
¿no adoráis arrebatado
del trono eterno a los pies
esa inmaculada Virgen
vencedora de Luzbel?

De virtud la aureola pura
ciñe su divina sien,
sus ojos, fuente de vida,
consuelo infunden do quier,
su risa enajena el alma,
sus labios expiden miel,
y a su voz el firmamento
tiembla de amor y placer.
Así tan pura y tan bella
se muestra mi amada Inés;
y cual los ángeles aman
así la adoro también.

FROILÁN
¡Cómo...! ¿Inés?

FLORENCIO
Sí.

FROILÁN
¿Bella, joven?

FLORENCIO
¿Acaso la conocéis?

FROILÁN
No... pero... Di: ¿dónde vive?

FLORENCIO
¡Oh! Mucho queréis saber.

FROILÁN
Curiosidad.

FLORENCIO
Algo extraña.

FROILÁN
De mí ¿qué puedes temer

FLORENCIO
Los ojos se os encandilan;
padre, mala señal es.

FROILÁN
¿Eso dices a quien voto

formó...?

FLORENCIO

Con voto o sin él,
no os la fiara, por Dios.

FROILÁN

¡Insolente...! Juro...

(Sale un UJIER.)

UJIER

El rey.

FLORENCIO

Poco me gusta este fraile. (Aparte.)
Mala alma debe tener.

Escena II

Dichos, el REY, CRIADOS.

Sale el REY pálido y débil sostenido por CRIADOS. Éstos le conducen hasta un ancho sillón, en el que se coloca como hombre enfermo y doliente. FLORENCIO acude a servirle.

REY

¡Hola, Florencio...! Estarás
rendido.

FLORENCIO

Ya descansé.
¿Os sentís mejor?

REY

Un poco:
bastante débil.

FLORENCIO

¿Queréis
un almohadón?

REY

No hace falta:

así sentado estoy bien.

FROILÁN
Señor...

REY
¡Ah, padre Froilán,
mala noche!

FROILÁN
Ya lo sé.

REY
¡Qué ataque...! Mi hora postrera
ya llegada pensé ver.

FROILÁN
Dios conservará una vida
tan preciosa.

REY
Ya mandé
se celebren rogativas.

FROILÁN
Eso os iba a proponer.

REY
Ahora quiero con vos
consultar.

FROILÁN
Como gustéis.

REY
Vosotros dejadnos solos...

(Vanse los CRIADOS.)

¡Ah! Florencio, no olvidé
mi promesa.

FLORENCIO
¡Qué, señor...!
Sanad pronto, y no penséis...

REY

Ya sanaré con la gracia
de Dios... Mas quisiera ver
a la novia.

FLORENCIO

Si gustáis,
luego, señor, la traeré.

REY

Que me place... Ve por ella.

FLORENCIO

Voy corriendo.
Hasta después.

(Vase FLORENCIO.)

Escena III

EL REY, FROILÁN.

REY

Ya solos hemos quedado;
padre, tomad, pues, asiento;
tomad, que abriros intento
hoy mi pecho acongojado.

(FROILÁN toma un sillón, y se sienta al lado del REY.)

Bien lo veis: funesto mal
mi triste vida consume,
y en vano el arte presume
parar mi instante fatal:
no me importa, venga, vuele;
mas bien temo su tardanza:
en Dios pongo mi confianza;
sólo mi nación me duele.

FROILÁN

Señor, no habléis de esa suerte,
ni cedáis al desconsuelo:
mirad que ofendéis al cielo
así invocando a la muerte.

REY

¡Yo invocarla...! Padre, no:
lejos de mí tal pecado;
mas si hay un rey desgraciado,
ése sin duda soy yo.

¿Por qué, señor...? ¿Hay alguno
que en poder con vos se iguale?
Pues ¿cuál otro cetro vale
el cetro español...? Ninguno.
Leyes os miran dictar
al uno y otro hemisferio,
y jamás en vuestro imperio
el sol deja de alumbrar.
Con raudales de oro y plata
todo un mundo os enriquece:
¿quién tributos no os ofrece?
¿Quién no os respeta y acata?
Pues si esto es cierto, señor,
¿por qué la vida os enoja?
¿Qué mala suerte os arroja
así a manos del dolor?

REY

Nacido en día fatal,
todo a mí contrario veo:
el bien conozco y deseo,
y sólo consigo el mal.
Al solio niño subí,
y entre encontradas facciones,
juguete de sus pasiones,
sólo rey en nombre fui:
su infame ambición tal vez
mi juventud marchitaba,
y a degradarme aspiraba
en perdurable niñez.
Mi humillación conocí,
romper logré mis cadenas;
mas libre del yugo apenas,
en otro yugo caí.
Siempre enfermo, el peso grave
no resistí del reinar;
me fue preciso buscar
quien dirigiese esta nave.
Los más nobles o alabados

merecieron mi confianza;
mas burlaron mi esperanza
por ineptos o malvados.
¿Qué hicieron de aquel poder
que heredé de mis abuelos?
¿Qué fruto de sus desvelos
he venido a recoger?
Do quier derrumbarse siento
este decadente Estado:
los años de mi reinado
por los desastres los cuento.
Si algún día de la guerra
quise probar la fortuna,
me vi sin gloria ninguna
roto en mar y roto en tierra;
mis reinos menguados ya
fueron en la lid funesta,
y lo que de ellos me resta
yermo y despoblado está.
Mas no basta a mi dolor
su presente desventura;
que aún más su suerte futura
llena el alma de temor.
Lo conozco: ya en presencia
de la eternidad me miro;
mas a mi postrer suspiro
¿quién recogerá esta herencia?
En vano por mí lució
la antorcha nupcial dos veces
que sordo el cielo a mis preces,
mi lecho estéril dejó.
Hoy que mi muerte interesa
a monarcas ambiciosos,
todos la acechan ansiosos
cual suele el lobo a su presa
y ¡quién lo hubiera creído!,
ya con tan dulce esperanza,
formando oculta alianza,
mis reinos se han repartido.
¡Oh infamia! ¡Oh mengua! ¡Oh dolor!
¡Oh del hado injusta saña!
¿Es ésta, cielos, la España
de Europa un tiempo terror?
Con mi funesto vivir,
su poder eché por tierra;
y la discordia, la guerra,

son mi legado al morir.

FROILÁN

Señor, por Dios, desechad
tan tristes presentimientos:
hijos tales pensamientos
son de vuestra enfermedad.
Si aleve coalición
vuestros estados codicia,
hablad, y de su injusticia
apelad a la nación:
a esta nación de guerreros
que ama y respeta a sus reyes;
mas no sufre le den leyes
ambiciosos extranjeros.
Una palabra, señor,
burlará sus pretensiones:
sí, dejando indecisiones
nombrad vuestro sucesor.

REY

¡Ay! Padre, en esa elección
todos mis tormentos hallo:
conmigo mismo batallo,
y me tiembla el corazón.
Amor y un deber sagrado
al Austria mis votos dan;
pero por la Francia están
prudencia y razón de estado.
¡Oh alternativa terrible
que otro arbitrio no consiente
que el ser injusto pariente,
o ser monarca insensible!
Si el cielo al menos quisiera
mi existencia prolongar,
tal vez en el dilatar
el remedio consistiera.
Padre mío, ¿qué dolencia
es ésta, pues, que me acaba,
que, aunque más y más se agrava,
ni aun la adivina la ciencia?
¿Hay en esto algún misterio?
Decid, vos bien lo sabéis.

FROILÁN

Señor...

REY

No disimuléis.

Hablad: vuestro ministerio
os obliga...

FROILÁN

No me es dado
revelar...

REY

¡Ay! ¿Será cierto?

FROILÁN

¿Qué?

REY

A proferirlo no acierto...
Dicen... que estoy... hechizado.

FROILÁN

¡Oh Dios...! ¿Quién osó decir...?

REY

¿Con que es verdad...? ¡Cielo santo!
¡Ah! (Se cubre el rostro con las manos.)

FROILÁN

No hay que afligiros tanto,
que aún está por decidir,
de ello trata el santo oficio,
no sé qué resolverá;
pero la iglesia sabrá
conjurar el maleficio.

REY

Eso sí debéis hacer,
y tal vez sanar consiga:
desde hoy quiero se bendiga
cuanto me den de comer.

FROILÁN

Iré luego al tribunal
a avivar su santo celo;
mas decid: ¿tenéis recelo
del origen de ese mal?

Causa es preciso que exista;
y al emplear el conjuro,
el efecto es más seguro
si la sabe el exorcista.

REY

Sólo a mis muchos pecados

atribuirla yo puedo.

FROILÁN

Los reyes, os lo concedo,
suelen ser harto culpados;
mas vos siempre habéis vivido
en santo temor de Dios.

REY

Yo también del vicio en pos
un tiempo, padre, he corrido.

FROILÁN

¡Cómo...! Hablad.

REY

A vuestras plantas
mi culpa confesaré;
y mi dolor templaré
con vuestras palabras santas.

(Se pone de rodillas delante del padre FROILÁN; éste le hace levantar, y el REY se vuelve a sentar.)

FROILÁN

Alzaos, señor, alzaos:
advertid que estáis doliente;
y aunque humilde penitente,
os lo permito, sentaos.

REY

Oíd, padre.

FROILÁN

Pecador,
hablad: ¿qué nuevo delito
vuestro corazón contrito
así llena de terror?

REY

No es nuevo, no, padre mío:
ha tiempo que soy culpado.

FROILÁN

Y ¿no lo habéis confesado?

REY

Sí tal: no soy tan impío.
Mil veces arrepentido
lo dije al padre Matilla
que os precedió en esa silla.

FROILÁN

Y ¿absolveros no ha querido?

REY

Sí, padre; y aun penitencia
hice ya con devoción;
mas si él dio su absolución
no me absuelve mi conciencia.

FROILÁN

¿Qué culpa...?

REY

Yo también tuve
cual otros mi mocedad:
pagué tributo a la edad,
y descarriado anduve.
Era cuando Valenzuela
mandaba la monarquía,
y mantenerme quería
en vergonzosa tutela.
Las fiestas y los placeres
acumulaba sagaz
porque turbasen la paz
de mi pecho las mujeres.
¡Ay! Harto lo conseguí;
y una, aunque plebeya, hermosa,
en el alma candorosa
de amor la llama encendió.
Sí, padre, yo la adoré,
lo confieso con rubor,
y en mi criminal ardor

dulces momentos pasé.
Bendecir no quiere el cielo
santa y legítima unión,
y logró torpe pasión
lo que en vano ahora anhelo.
Hermosa como su madre,
una niña... Perdonad:
lloro... hago mal... es verdad;
pero es el llanto de un padre.

FROILÁN

Y ¿cómo lo he de culpar?
Un monarca es hombre, al fin;
y sólo de un serafín
es propio nunca pecar.
Mas esa niña ¿dó existe?
¿Cuidasteis de ella, señor?

REY

¡Ah! Que mi culpa mayor
en eso, padre, consiste.

FROILÁN

¿Cómo?

REY

Vino fray Matilla
a combatir mi pasión,
y lavó mi corazón
de tan impura mancha.

FROILÁN

¿Mas la niña?

REY

Su inocencia
en mí turbaba la calma;
y por la salud del alma
la arrojé de mi presencia.

FROILÁN

¿La abandonasteis?

REY

¡Ah, no!
Mande a la madre dinero;

mas con encargo severo
de no verme.

FROILÁN
¿Y lo cumplió?

REY
Diez y seis años habrá
que no he vuelto a saber de ellas.

FROILÁN
¿Ni habéis seguido sus huellas?

REY
Yo las siguiera quizá;
no porque torpe afición
me arrastrase hacia la madre;
pero el cariño de padre
hablaba a mi corazón.

FROILÁN
¿Quién lo estorbó?

REY
El confesor
que mi salvación buscaba,
esa flaqueza culpaba.

FROILÁN
¡Oh! Fue sobrado rigor,
perjudicial, aunque santo:
si así el gran Carlos pensara,
jamás a Europa salvara
el vencedor de Lepanto.

REY
¿Luego pensáis que debí
acoger a esa inocente?

FROILÁN
Y ¿por qué no?

REY
¡Dios clemente!
¿Por qué tan inicuo fui?
Mas ¿dónde podré encontrarla?

FROILÁN

Dios, señor, os guiará.

REY

Bien, lo haré. ¡Cuál ansío ya
contra este pecho estrecharla!
Siento nacer un consuelo
que en mí por momentos crece;
y ya, feliz, me parece
me abre sus puertas el cielo.
Padre, la obra acabad:
dadme vuestra absolución.

(Se arrodilla, y FROILÁN le da la absolución, después de lo cual se levanta.)

FROILÁN

Tomadla... y mi bendición.

REY

Al cielo por mí rogad.
Ahora que ya aliviado
de cuerpo y alma me siento,
recibir la corte intento;
mas no os marchéis de mi lado.

(Toca la campanilla de una escribanía que habrá sobre una mesa.)

Escena IV

Dichos, el UJIER.

UJIER

Señor, ¿qué es lo que mandáis?

REY

¿Quién aguarda en esas salas?

UJIER

Aguardan el cardenal,
el embajador de Francia,
el de Austria, los presidentes,
el conde de Frigiliana,
y otros grandes.

REY

Que entren todos.

(Vase el UJIER.)

Escena V

Dichos, HARCOURT, HARRACH, PORTOCARRERO, MONTALTO, SAN ESTEBAN,

FRIGILIANA, OROPESA, otros GRANDES.

Los GRANDES se agrupan de modo que estén juntos los que pertenecen a cada una de las dos parcialidades de Francia y Austria. PORTOCARRERO y SAN ESTEBAN pertenecen a la primera; OROPESA y MONTALTO a la segunda; FRIGILIANA y algún otro forman grupo aparte.

REY

Señores, guárdeos el cielo.

PORTOCARRERO

Con impaciencia esperaba
nuestra lealtad este instante:
vuestra presencia nos saca
de una penosa inquietud;
y a Dios tributamos gracias,
pues conservarnos le plugo
a tan amado monarca.

REY

Pensé me llamaba a sí;
mas al fin no ha sido nada,
y ya me siento mejor.

SAN ESTEBAN

¿No veis que abatido se halla?
(Bajo a los de su carro.)

HARCOURT

Muy poco vivirá ya.

OROPESA

Su enfermedad es muy mala. (Lo mismo.)

MONTALTO

¿Cuál es?

OROPESA

Hechizos.

MONTALTO Y OTROS.

¡Jesús! (Se santiguan.)

REY

¿Habéis dispuesto que se hagan,
cardenal, las rogativas?

PORTOCARRERO

Todos los templos de España
al cielo dirigirán
por vos fervientes plegarias.

REY

Está bien. Oíd, Harrach.

(HARRACH se acerca, y el REY le habla al oído. Entre tanto, los GRANDES pertenecientes a las diferentes parcialidades, se acercan unos a otros, y se hablan en voz baja, conforme lo indica el diálogo.)

PORTOCARRERO

¿Qué le dirá?

SAN ESTEBAN

No me agradan
estos secretos.

HARCOURT

No importa:
al fin vencerá la Francia.

OROPESA

¿No advertís que no hace caso
del uno, y al otro llama?

MONTALTO

Eso nos prueba que el rey
da la preferencia al Austria.

PORTOCARRERO

Es fuerza no descuidarse.

SAN ESTEBAN
Esa funesta privanza
de Oropesa...

FROILÁN
Nada haremos
basta derribarle.

SAN ESTEBAN
Nada.

HARCOURT
Ya le preparo una buena.

PORTOCARRERO
¿Pues qué?

HARCOURT
Mis agentes andan
promoviendo en contra suya
una espantosa asonada.

SAN ESTEBAN
No hay otro medio.

FROILÁN
Lo apruebo.

(El REY deja de hablar con HARRACH; éste se retira hacia el corro de los suyos, los cuales le preguntan con curiosidad.)

REY
¿Estáis enterado?

HARRACH
Basta
no he menester digáis más.

OROPESA Y
MONTALTO
¿Qué os ha dicho?

HARRACH
Nuestra causa
va viento en popa.

HARCOURT

Apartaos,
que mira el rey.

REY

¿Qué hay de Francia,
conde?

HARCOURT

Mi amo y rey por vos
se interesa y por España.

REY

Por eso en tratos secretos
con Inglaterra y Holanda
acaba de entrar, formando
los tres inicua alianza
para repartir mis reinos;
mas unos y otros se engañan;
porque el león español
tiene energía sobrada,
y aunque parece dormido,
si sus contrarios le agravian,
alzándose más terrible,
no quedará sin venganza.

HARCOURT

Ningún peligro, señor,
por mi rey os amenaza,
y espero que su conducta
será por vos aprobada.
Sobre todo, sus derechos
¿no tiene Luis? ¿Quién extraña
que defenderlos procure
contra injustas esperanzas?

OROPESA

Las injustas son las tuyas.
Los derechos de la infanta
su esposa ¿no renunció?
Pues bien, ¿por qué los reclama?

SAN ESTEBAN

No los pudo renunciar.
¿Por ventura así se cambian

las leyes de un reino? Sólo
se quiso evitar que entrambas
coronas se reuniesen:
si este obstáculo se allana,
al legítimo heredero
¿quién la sucesión arranca?

OROPESA

La unión y la independencia
de monarquía tan vasta
sólo puede conservar
la dinastía austriaca.

PORTOCARRERO

¿A qué discutir? El rey
tiene consultado al papa:
¿quién su sentencia infalible
con veneración no aguarda?

FRIGILIANA

Yo cual nadie la venero;
mas su autoridad sagrada,
si es absoluta en la iglesia,
en este asunto no basta.
Hay leyes, y por capricho
nadie puede derogarlas.
Cuando importantes cuestiones
como esta cuestión se tratan,
legítimo y nacional,
con facultad soberana,
un cuerpo no más existe:
las cortes... A convocarlas
estáis, señor, obligado,
y Castilla las aguarda.
Su fallo sumiso el reino
siempre obedece y acata;
mas donde falta su fuerza,
¿qué vale otra fuerza...? Nada.

(Al oír estas palabras todos los cortesanos se muestran asombrados y murmuran, alejándose de FRIGILIANA. Sólo alguno da muestras de aprobación.)

REY

Los murmullos que escucháis
os advierten, Frigiliana,
que ese atrevido consejo

en el desacato raya.
Si os perdonara sería
dar a los osados alas
para que al fin contestasen
mi autoridad soberana.
Salid de mi corte al punto,
e id desterrado a Granada.

FRIGILIANA
Señor...

REY
Basta: obedeced.

(FRIGILIANA se retira.)

Decidir en esta causa
solo a mí me pertenece;
mas de ello hablar no me agrada.
Despejad.

(Los cortesanos se van a retirar; pero al llegar a la puerta, salen FLORENCIO e INÉS; se detienen, y prendados de esta última, vuelven atrás con ella.)

Escena VI

Dichos, FLORENCIO, INÉS.

INÉS manifiesta reparo en entrar, FLORENCIO la anima, y la hace adelantarse.

FLORENCIO
No tengas miedo:
entra, ven.

INÉS
¡Ay, Dios...! ¡Si se hallan
tantos señores!

FLORENCIO
Son todos
cortesanos que a las damas
saben respetar.

HARCOURT

¡Florencio!
¡Bribón! ¿Cómo te acompaña
tan bella joven?

FLORENCIO

Es que...

OROPESA

Con efecto, es una alhaja.

PORTOCARRERO

¡Qué aire tan angelical!

HARCOURT

Tiene la más linda cara...

(HARCOURT se acerca a INÉS, que asustada se refugia en los brazos de FLORENCIO.)

INÉS

¡Ay Dios mío!

REY

¿Qué hay...? ¿Qué es eso?

FLORENCIO

Yo soy, señor. -Ven, avanza; (A INÉS.)
que aquél es el rey.

INÉS

Yo toda
tiemblo como una azogada.

FLORENCIO

Alienta.

REY

¡Ah! Florencio: ¿vienes
a cumplirme tu palabra?
¿Es esa la novia?

FROILÁN

¡Oh cielos!
Es ella misma: ¡qué rabia!

(Aparte y asombrado al ver a INÉS.)

FLORENCIO

Sí, señor. (Al REY.)

REY

Bien me parece.

Aire candoroso... trazas
tiene de hacer buena esposa.

HARCOURT

¡Cómo...! ¿Con ella se casa
este perillán?

REY

Y hay más;
que soy su padrino.

PORTOCARRERO

¡Tanta
bondad!

REY

Es fiel servidor;
y yo no conozco tasa
cuando lealtades premio.

OROPESA

Señor, os pido una gracia.

REY

¿Cuál es?

OROPESA

Ser yo quien en nombre
vuestro la conduzca al ara.

REY

Os lo concedo.

OROPESA

Las bodas
se harán, Florencio, en mi casa.

FLORENCIO

Mucho me honráis, señor conde.

MONTALTO

Pues yo a la novia sus galas
le prometo regalar.

SAN ESTEBAN

Yo también ricas alhajas.

HARCOURT

Y yo...

FLORENCIO

Señores...

REY

Bien: esa
generosidad me agrada.
Hermosa niña, acercaos...
nada temáis... si un monarca
de otros hombres se distingue,
la bondad sola le ensalza.

INÉS

¡Ah! Señor... mi sobresalto
disipan esas palabras.

REY

¿Cuál es vuestro nombre?

INÉS

Inés.

REY

Y ¿vuestro padre?

INÉS

En mi infancia
me le arrebató el destino:
murió sirviendo a su patria.

REY

¿Quién cuidó vuestra niñez?

INÉS

Mi madre, madre adorada,
cuya pérdida reciente
mi alma de dolor traspasa.

REY

¿Quién os protege en el mundo?

INÉS

La virtud y la esperanza.

REY

¡Pobre niña...! Mucho arriesga
la inocencia abandonada.

INÉS

De hoy mas cesa mi orfandad;
pues vuestra bondad me ampara.

REY

Sí... sí... yo te ampararé.
¡Oh! ¡Qué sensación tan grata
experimento al oírla!
Esa voz... esas miradas...
Ven, hija, acércate más.
¿Con que tu madre te falta
también?

INÉS

A la tumba fría
la llevaron sus desgracias.

REY

¿Era infeliz?

INÉS

¡Ay! Jamás
la risa en su faz brillara.

REY

¿Qué penas eran las suyas?

INÉS

Fatal secreto agobiaba
su pecho, y a mi ternura
siempre lo ocultó obstinada.
Su existencia era llorar:
yo acudía a consolarla;
y más afligida entonces,
una profética llama

brillaba en sus ojos ¡ay!,
que mil penas me anunciaba.
Exenta yo de recelos,
en Dios puse mi confianza.
Con la virtud, me decía,
con la virtud no hay desgracias;
si puro mi corazón
la alberga, si mis plegarias
dirijo al cielo contino,
y en su protección descansa
la inocencia, quién podrá
dañar a quien nunca daña?
¡Cuál me engañaba, señor!
Aquella dichosa calma
en breve turbada fue
por quien menos lo pensara.
Un hombre... ¡yo me horrorizo...!
Mas no era un hombre, que su alma
templo de la hipocresía,
de la maldad, de la infamia,
fingiendo santa virtud,
todo el infierno abrigaba.
Este hombre...

(Mientras ha estado diciendo los anteriores versos FROILÁN se habrá ido acercando a ella, y al llegar aquí se le coloca delante. INÉS alza la vista, le mira, da un grito, retrocede, y va a refugiarse junto a FLORENCIO, a quien abraza.)

¡Jesús mil veces!
¡Ay!

REY
¿Qué es eso?

FLORENCIO
¡Inés!

OROPESA
¿Qué causa...?

(Los cortesanos asombrados se acercan a INÉS con interés.)

INÉS
Huyamos de aquí. (A FLORENCIO.)

FLORENCIO

¿Por qué?

(FROILÁN se acerca a INÉS, y asiéndola por un brazo la atrae hacia él. INÉS vuelve la cabeza y se resiste aterrada.)

INÉS

¡Vos...! No... no... no.

(FROILÁN la tira con fuerza, le impone con la vista, y la conduce de nuevo hacia el REY, diciéndole de paso en voz baja y con misterio.)

FROILÁN

Ven... y calla.

REY

¿Qué repentino terror...?

FROILÁN

¡Qué...! Señor... no ha sido nada.

INÉS

Sí... nada... nada. (Con risa forzada.)

REY

Prosigue.

INÉS

¿Qué...? Señor...

REY

De tus desgracias
la historia.

INÉS

¿Quién...? ¿Yo...? Si he sido
muy feliz... mucho.

REY

¿No hablabas
de un hombre malvado?

INÉS

Sí;
mas era... no sé... me falta
la memoria.

FLORENCIO

Algún recuerdo
funesto turbó la calma
de su mente, y ya no acierta...
Pero yo en breves palabras
os lo diré... Perseguida
por la pasión insensata
de aquel monstruo cuyo nombre
calla siempre horrorizada,
huyendo su odiosa vista,
su astucia, sus amenazas,
abandonó el dulce hogar
donde corriera su infancia.
Vino a la corte, y aquí
al peso de las desgracias
sucumbió su tierna madre
por quien todavía arrastra
triste luto; y yo, señor,
al verla desamparada,
mi amor, mi mano y mi vida
he jurado consagrarla.

REY

Y yo su padre seré.
Hija mía, ven, abraza
a tu protector, tu amigo.

INÉS

¡Ah! Señor...

REY

No temas: calma
esa inquietud... ¿Por qué tiemblas?
Tu llanto mis manos baña.
¿Tienes, dime, algún pesar?

INÉS

No... que este llanto lo arranca
la gratitud.

REY

Yo también
siento lágrimas que arrasan
mis ojos... y conmovido,
palpita mi pecho.

FROILÁN

Basta,
señor: advertid que estáis
débil y enfermo; arriesgada
para vos pudiera ser
esa conmoción extraña.

REY

Decís bien, padre: conozco
que la quietud me hace falta.
A Dios, hija, a Dios. -Florencio,
condúceme hasta mi estancia.
Después de las rogativas
vuestras bodas celebradas
quedarán. -Conde, os encargo
los preparativos.

OROPESA

Nada
faltará para que sean
dignos de tan gran monarca.

INÉS

¡Florencio!

FLORENCIO

Espérame aquí.
Vuelvo; que el deber me llama.

(Vanse el REY y FLORENCIO por un lado; los GRANDES por otro.)

Escena VII

INÉS, FROILÁN.

FROILÁN

¡Bueno...! Aquí queda. (Aparte.)

INÉS

¡Santo Dios! Me dejan
aquí sola con él... ¡Valedme, cielos!
(Con el mayor sobresalto.)

FROILÁN

¡Inés!

INÉS

Huyamos. (Quiere salir.)

FROILÁN

¿Dónde vas...? Detente. (Va y la detiene.)

INÉS

Dejadme.

FROILÁN

Ven acá.

INÉS

No... no... ¡Florencio!

FROILÁN

Calla.

INÉS

Soltad.

FROILÁN

Tu resistencia es vana.

No, no te escaparás... ¡Al fin, te encuentro!

Propicio el hado mis anhelos cumple:

si una vez te perdí, ya te poseo.

INÉS

Y bien, ¿qué me queréis?

FROILÁN

¿Tú lo preguntas?

¿Lo ignoras?

INÉS

¡Infeliz!

FROILÁN

No, mi recuerdo

te persigue, te acosa... tu descanso

turba y destruye cual fatal ensueño;

y tu mismo terror, tu llanto mismo

prueban que siempre, detestado objeto,

en ti mi imagen con los odios vive,
cual yo con mi pasión aquí te encierro.

INÉS

¡Oh Dios...! ¿Qué escucho...? ¡Y aún osáis hablarme
de vuestro horrible amor que me estremezco
tan sólo al recordar...! Vos cuyos votos...

FROILÁN

¡Mis votos...! Bien los sé... Duro, tremendo,
imposible deber fieros me imponen,
cambiando en crimen inocente afecto.
Mis votos no olvidé, ni necesito
me los recuerdes tú... Que al cielo ofendo
lo sé también, lo sé... Juzga tú ahora
cuán grande es mi pasión, pues lo consiento.

INÉS

¡Cielos...! Me horrorizáis.

FROILÁN

Óyeme... Un año
luché con este amor para vencerlo;
lucha penosa, sin igual, tremenda,
cual la lucha de Dios con el infierno.
Huí del mundo, y mi fervor piadoso
buscó de un claustro el sepulcral silencio.
Al pie del ara me postré rogando,
y su mármol bañé con llanto acerbo.
Mi cabeza cubrí con vil ceniza;
crüel cilicio atormentó mi cuerpo;
mi mano armada de nudosas cuerdas,
regó con sangre mis rasgados miembros;
escasas yerbas mi alimento han sido,
y mi único descanso el duro suelo.
Pensé que Dios tan penitente vida
al fin premiara sofocando el fuego
de mi funesto amor... ¡Vana esperanza!
¡Cuanta más penitencia, más deseos!
Do quier tu imagen me persigue: la hallo
en la celda, en el claustro, hasta en el templo;
y en la Virgen que miro sobre el ara,
si la llego a implorar, tu rostro encuentro.
Plegarias dirigir a Dios procuro,
y expresiones de amor sólo profiero;
y si pienso en la gloria algún instante,

separado de ti no la comprendo.
Mira este cuerpo flaco, extenuado,
contempla este semblante macilento;
son aún más que de ayunos y cilicios
estragos del amor que arde aquí dentro.
Pues tanto sacrificio Dios no acepta,
a mi pasión de hoy mas todo me entrego.
Mía tienes que ser.

INÉS
¡Vuestra!

FROILÁN
O de nadie.

INÉS
Mentís... de otro soy ya.

FROILÁN
¡De otro...! Pues eso,
eso te pierde... Tu desdén, tus odios,
todo sufrirlo resignado puedo;
mas ¡verte ajena...! No... Desventurada,
responde: ¿sabes tú lo que son celos?

INÉS
¿Yo...? No sé más que amar... y odiar ahora.

FROILÁN
Aborréceme, pues; yo lo consiento.
En el odio también delicias hallo;
en él también encontraré consuelos:
si no puedo gozarme en tus caricias,
en tu llanto podré gozarme al menos.

INÉS
¡Monstruo!

FROILÁN
¿Qué digo...? No me creas... Oye:
todavía capaz soy de un esfuerzo.
Rompe esos nudos que formar intentas,
a ese rival renuncia que aborrezco,
y yo tal vez sacrificando entonces...

INÉS

¿A qué exigir lo que cumplir no puedo?

FROILÁN

¿Eso dices...? Pues bien; ámale, imbécil.
No, ya no aspiro con ardientes ruegos
tu afecto a conquistar; ni lo alcanzara,
ni fuera menos tu desvío, siendo
mayor mi humillación: tal vez consiga
hoy del terror, lo que de amor no espero.

INÉS

¿Quién...? ¿Vos? Jamás. ¿Y osáis amenazarme?
Horror si me inspiráis, pero no miedo.

FROILÁN

¡Insensata...! ¡Ay de ti...! ¡Tú no conoces
cuánto en hombres cual yo puede el despecho!

INÉS

Sí, lo conozco, sí... Basta miraros:
todo esos ojos me lo están diciendo
Del infierno, sus furias y suplicios
es el retrato vuestro horrible aspecto.
Mas ¿qué me importa...? Vuestra furia insana
en vano me amenaza con tormentos;
que así más firme a mi Florencio adoro;
y a vos, bárbaro, a vos, más os detesto.

Escena VIII

Dichos, FLORENCIO.

FLORENCIO sale a la escena al principiar INÉS los cuatro versos anteriores, y se para escuchando.

FLORENCIO

¿Qué he escuchado...? ¡Oh furor!

INÉS

¡Florencio!

FLORENCIO

¡Padre!

(Con aire amenazador.)

FROILÁN

¿Qué me quieres, rapaz?

FLORENCIO

¿Qué es lo que quiero?

Esas palabras explicadme ahora

que acabo de escuchar... Creer no puedo
la atroz sospecha que...

FROILÁN

Ella las dijo;

a ella toca explicarlas.

INÉS

Ven, Florencio;

huyamos de este sitio.

FLORENCIO

No, que todo,

todo el horrible arcano ya comprendo:

si tus ojos, tu hablar no lo dijeran,

lo dijera el horror que al verle siento.

Este es el hombre vil que te persigue;

la causa es éste de tu llanto acerbo:

en la triste Alcalá le conociste,

y de allí nos le trajo el mismo averno.

FROILÁN

Pues bien, yo soy... Sin máscara engañosa,

sin disfraz ante ti mostrarme quiero:

mira en mí tu rival, rival terrible;

yo adoro con furor, con él detesto.

FLORENCIO

Si mis manos mancharse no temiesen

con esa sangre vil, hora mi acero...

Mas el rey lo sabrá: mi labio al punto

quién sois le va a decir.

FROILÁN

Díselo, necio.

¿Piensas te ha de creer...? Cuando a mis plantas

cada día le miro, cuando tengo

su conciencia en mis manos, ¿quién contrasta

mi omnímmodo poder? Este secreto
ve, pues, y le revela, lo permito;
mas sólo para ti será funesto.

FLORENCIO

¡Ah! ¡Que harto bien decís...! Supersticiosos,
así besan los hombres vuestros hierros:
almas de Lucifer tenéis, inicuos,
y adorados cual ángeles os vemos.
Huid de mi presencia, o bien...

FROILÁN

Me marchó;
pero conmigo la venganza llevo.
Amaos, infames; mas será por poco:
temblad... pronto veréis lo que yo puedo.

(Vase.)

INÉS

¡Ay! ¡Sus palabras de pavor me llenan!

FLORENCIO

Ven a mis brazos, pues, y alienta en ellos.

INÉS

¡Florencio!

FLORENCIO

¡Inés!

INÉS

¿Me quieres?

FLORENCIO

Te idolatro.

INÉS

¡Ah! Si a tu lado estoy, nada recelo.

ACTO II

El teatro representa la sacristía del convento de Atocha. El fondo estará abierto por tres grandes puertas o arcos, por entre los cuales se ven los claustros y el patio. En el claustro se descubren los retratos de los reyes de España; y estos retratos llegan hasta dentro de la sacristía, en la cual estarán los de los reyes de la dinastía austriaca, viéndose junto al proscenio el de Carlos V. A la derecha del espectador una mesa de nogal como las que se usan en las iglesias, y un gran sillón de baqueta.

Escena I

Al alzarse el telón se ve pasar por el claustro una procesión. En seguida de toda la comunidad van muchos GRANDES y SEÑORES ricamente vestidos; y últimamente el REY con los EMBAJADORES, el CARDENAL y toda la corte. Todos llevan hachas encendidas. Sigue un numeroso PUEBLO. Mientras pasa la procesión, se oye dentro una música, a cuyos acentos entonan los RELIGIOSOS el siguiente himno.

CORO

Oye benéfico,
supremo Dios,
de fieles súbditos
la triste voz.
Si Saül réprobo
por ti sanó,
de un rey católico
ten compasión.

Escena II

FROILÁN.

A poco de pasar la procesión sale por el foro FROILÁN muy despacio, con los brazos cruzados y meditabundo.

No, nunca la obtendré yo...
nunca... El cielo en sus rigores,
o el infierno en sus furores,
tanta dicha me negó.
Con ella me arrebató
virtud, placer y sosiego.
Destino injusto, hado ciego,
si el tierno amor me vedaste,
¿por qué en mi pecho encerraste
este corazón de fuego?

¡Sufrir yo...! ¡Ser feliz ella...!
¡Ser con ella otro dichoso...!
¡Oh pensamiento horroroso!
Maldigo mi infausta estrella.
¡Ay triste...! ¿Ni una centella
de alivio a tus males ves...
Una sí... bárbara es...
¡La venganza...! Yo la anhele:
sólo puedo hallar consuelo
siendo infelices los tres.
¡La venganza...! ¿Y he de ser
tan bárbaro, por ventura,
que en tan tierna criatura
mi saña habré de ejercer?
Mas tal es hoy tu querer,
oh cielo... si era menor
lejos de ella mi dolor,
cuando a volvérmela llegas,
pues a mi amor no la entregas,
la entregas a mi furor.

(Se oye otra vez a lo lejos la música y el CORO.)

¡Oh! ¡Cuál mi pecho atormentan
esos místicos cantares!
Al oírlos, mis pesares,
mis furores se acrecientan...
Los votos que me violentan,
este traje, esta clausura
sepulcro de mi ventura,
yo los odio... ¡Maldición!
Lo que en otro es salvación,
en mí el infierno asegura.
(Se sienta pensativo.)

Escena III

FROILÁN, el INQUISIDOR GENERAL, el PRIOR de Atocha, el VICARIO de las
monjas del rosario.

El INQUISIDOR y el PRIOR se quedan al foro hablando.

INQUISIDOR

¿Lo habéis entendido bien?

PRIOR
Sí señor.

INQUISIDOR
¿Estará todo
dispuesto?

PRIOR
Nada hará falta.

INQUISIDOR
Mucho aparato.

PRIOR
Asombroso.

INQUISIDOR
La comunidad entera
ha de asistir.

PRIOR
Ni uno solo
faltará.

INQUISIDOR
Muchos ciriales.

PRIOR
Cual solemne mortuorio.
Va en ello la salvación
del Estado.

PRIOR
Lo supongo.

INQUISIDOR
Luego fray Mauro vendrá,
que es exorcista famoso.

PRIOR
Como que de Austria le envía
el emperador Leopoldo.

INQUISIDOR
Id, y aguardad el aviso.

PRIOR

Todo al punto lo dispongo.

(Vase.)

Escena IV

FROILÁN, el INQUISIDOR, el VICARIO.

INQUISIDOR

¡Padre Froilán!

FROILÁN

¡Ah señor! (Se levanta.)

INQUISIDOR

¿Solo aquí?

FROILÁN

Hace muy poco.

INQUISIDOR

¿La función abandonáis?

FROILÁN

Me fue dejarla forzoso.

¡Tanta luz! ¡Tanto calor!

INQUISIDOR

Hace ya días que noto
que desazonado andáis.

FROILÁN

Algo.

INQUISIDOR

Hay en vuestros ojos
cierta cosa...

FROILÁN

¿Qué decís?

INQUISIDOR

Bueno y santo es ser devoto;
pero el exceso también
suele dañar.

FROILÁN
Lo conozco.

INQUISIDOR
Menos penitencias, pues;
que al fin no sois ningún monstruo.

FROILÁN
¡Pluguiera al cielo!

INQUISIDOR
¿Qué?

FROILÁN
Nada...
dejemos... ¿Se acaba pronto
la función ésa?

INQUISIDOR
Sí, luego.
Magnífica ha sido: como
que el rey todo el tiempo ha estado
sin pestañear... ¡Qué asombro!
En un señor tan enfermo,
¡tal resistir...! Mil encomios
merece su devoción,
y a todos nos deja absortos.

VICARIO
Dios le da fuerzas, sin duda.

INQUISIDOR
Por supuesto... de otro modo...
¡Y que en un cuerpo tan santo
esté metido el demonio!

VICARIO
¡Lástima grande en verdad!

INQUISIDOR
De ello estaba tan remoto...

FROILÁN

Las pruebas son terminantes.

VICARIO

Por la causa es ya notorio
el maleficio del rey:
hay declaración de teólogos;
y dudar fuera herejía.

INQUISIDOR

¿Dudarlo...? Ni por asomo.
A vos tamaño servicio (Al VICARIO.)
debe España, padre Antonio.

VICARIO

Señor...

INQUISIDOR

Seguid... No dudéis
que el premio...

VICARIO

Nada ambiciono.

FROILÁN

Aún por hacer falta mucho.

VICARIO

Sí... ya lo sé.

FROILÁN

Sobre todo (Con intención.)
averiguar el autor
del maleficio.

VICARIO

Yo pongo
los medios; mas al conjuro
aún se resiste el demonio.

INQUISIDOR

Pues, amigo, compelerle;
y que ande listo el hisopo.

VICARIO

Tiempo vendrá... Mas ahora

al más urgente socorro
es lo que importa acudir,
y eso que sea muy pronto.
Mirad que si dilatáis
los remedios que propongo,
atáis las manos a Dios...
y ya de nada respondo.

INQUISIDOR

Por eso, así que se acabe
esta función, es forzoso
que aquí se exorcice al rey.

FROILÁN

Vuestro parecer adopto.

(Pasan por el claustro gentes que se retiran de la iglesia.)

INQUISIDOR

Pero ya sale la gente;
y el rey, si no me equivoco,
viene allí... Padre Froilán,
id, y mientras le dispongo
al exorcismo, en la Iglesia
mandad que todo esté pronto.

FROILÁN

Está bien.

(Al tiempo de marcharse pasa por junto al VICARIO, y le dice en voz baja y con misterio.)

Padre vicario...

VICARIO

Señor...

FROILÁN

Con vos de un negocio
tengo que tratar.

VICARIO

Soy vuestro.

FROILÁN

Luego cuando estemos solos.

(Vase.)

Escena V

El REY, el INQUISIDOR, el VICARIO, HARCOURT, PORTOCARRERO, el PRIOR,
y séquito.

REY

Entremos aquí, señores,
descansaremos un poco.

HARCOURT

La función ha sido larga.

REY

No tal... dos horas en todo.

HARCOURT

Tres cabales.

REY

No pensé...
siempre me parecen cortos
estos santos ejercicios.

PRIOR

Eso, señor, es muy propio,
de vuestra piedad.

REY

Merece,
padre prior, mil elogios
de esta solemne función
el aparato grandioso.

PRIOR

Los religiosos de Atocha
que del privilegio honroso
gozan de adornar su templo
con los triunfales despojos
que gana España en las lides,
y siempre miran en torno
de nuestros ínclitos reyes

los retratos, cuando votos
dirigen por sus monarcas
al cielo, nada costoso
encuentran.

REY

Ni a mí me duele
tampoco abrir mis tesoros,
para enriquecer, cual debo,
estos asilos piadosos.
En Sevilla extensas tierras
posee mi patrimonio:
ya son vuestras.

PRIOR

¡Ah! ¡Señor...!

REY

En recompensa os impongo
la obligación de mil misas
para mi eterno reposo.
¡Hola, padre inquisidor!
Dichosos al fin los ojos
que os ven: muy graves asuntos
os han de ocupar supongo,
cuando en la corte no os veo.

INQUISIDOR

Y tan graves, que es forzoso
que de ellos hable con vos.

REY

Decís eso con un tono...

INQUISIDOR

Vuestra salvación tal vez
depende de este coloquio.

REY

¡Mi salvación!

INQUISIDOR

Sí, señor.
Permitid quedemos solos.

REY

Despejad. (A los GRANDES y comitiva.)

PRIOR

Señor, sentaos.

REY

Bien. (Se sienta en el sillón.)

PRIOR

¿Queréis algo?

REY

Algo flojo
me siento.

PRIOR

Tomad un trago
de jerez y unos bizcochos.

REY

No; mejor me sentará
el chocolate.

PRIOR

¿Con bollos?

REY

De los de Jesús.

PRIOR

Se entiende;
que aquí no gastamos otros.

Escena VI

El REY, el INQUISIDOR, el VICARIO.

REY

Hablad, pues, inquisidor;
ya os escucho... Mas ¿no os vais, (Al VICARIO.)
padre cura...? ¿A qué aguardáis?

INQUISIDOR

Debe quedarse, señor.

REY

¿Importa aquí su presencia?

INQUISIDOR

Importa.

REY

Pues que se quede.

INQUISIDOR

Es varón que mucho puede
con su milagrosa ciencia.

REY

¿Qué ciencia?

INQUISIDOR

Os asombraréis.

REY

¿Cuál?

INQUISIDOR

Habla con el demonio.

REY

Con el... ¡Jesús! ¡San Antonio
me valga! (Se persigna.)

INQUISIDOR

No os asustéis.

REY

¿Tenéis de ello buenos datos?

INQUISIDOR

Yo mismo le suelo oír.

REY

¿Sí?

VICARIO

¿Quién no se ha de reír (Aparte.)
de este par de mentecatos?

REY

¿No es caso de inquisición?

INQUISIDOR

La inquisición lo permite.

REY

¡Ah...! ¡Ya!

VICARIO

Dadme a besar...

(Arrodillándose para besar la mano.)

REY

Quite,
aparte.

INQUISIDOR

¿Por qué razón?

¡No es nada...! ¡Un hombre que tiene
pacto con el diablo!

VICARIO

¿Yo?

INQUISIDOR

¿Él, con el diablo?

REY

¡Pues no!

INQUISIDOR

Señor, si a sanaros viene.

REY

¿A sanarme?

INQUISIDOR

Esa dolencia

que nadie alcanza a curar

¿no os da ya que sospechar?

REY

Dicen que tiene apariencia
de...

INQUISIDOR

Y algo más.

REY

¿Con que al fin...?

¿Es cierto...? ¡Ay Dios...! ¡Qué dolor!

VICARIO

Fallece.

INQUISIDOR

Señor... señor...

VICARIO

Para un rey qué alma tan ruin. (Aparte.)

REY

No gritéis... es un vahído...

ya serenándome voy...

Decid... ¿es verdad que estoy

de los malos poseído?

INQUISIDOR

¿No os lo ha dicho por ventura

vuestro confesor?

REY

Sí tal;

mas creer tan fiero mal

es en verdad cosa dura.

INQUISIDOR

Y ¿no le mandasteis vos

consultar al santo oficio?

Pues bien, se ha hallado un indicio

que...

REY

Decídmelo, por Dios.

(Se levanta, y se coloca entre los dos.)

INQUISIDOR

El medio ha sido, en verdad,

sorprendente, sobrehumano;

mas do no alcanza lo humano

entra la divinidad.

REY

Ya se ve... yo a Dios vio quito
el poder de hacer portentos.

VICARIO

Cuando hechos los tiene a cientos,
¿por vos no hará uno chiquito?

REY

¿Por mí, pecador?

VICARIO

Sois rey:
con quien es de regia casta
otras atenciones gasta
que con la plebeya grey.

REY

Eso ya huele a lisonja...
Decid el milagro, pues.
¿Lo habéis hecho vos?

VICARIO

No; que es
quien suele hacerlo una monja.

REY

¿Qué decís, santo varón?

VICARIO

De unas monjas soy vicario
que a la Virgen del Rosario
tienen suma devoción.
¡Unas bienaventuradas!

REY

Pero ¿qué tienen que ver
las madres con Lucifer?

VICARIO

Es que están maleficiadas.

REY

¿De veras?

INQUISIDOR
Eso es notorio.

REY
Pero ¿todas?

VICARIO
Todas no.
Tres... y aun así paso yo
las penas del purgatorio.

REY
¿Por qué?

VICARIO
Para conjurarlas.
¡Si fuera de sí las pone
Lucifer, Dios me perdone!

REY
¿No habéis podido sanarlas?

VICARIO
Imposible.

REY
¡Jesús mío!
¿Luego en mi mal no hay enmienda?

VICARIO
Sí.

REY
Buscad quien os entienda
ya de oíros desvarío.

VICARIO
Del cuerpo de un hombre, sí,
se puede al diablo expeler;
mas si es cuerpo de mujer,
no hay quien le arranque de allí.

REY
Es cosa extraña, por cierto.
Y ¿habla con vos ese diablo?

VICARIO

Sí, señor, como yo os hablo.

INQUISIDOR

Con mi permiso, os advierto.

REY

¿Cuándo vais a preguntarle
los secretos os revela?

VICARIO

No, que también se rebela,
y a la fuerza hay que obligarle.

REY

¿Cómo le obligáis?

VICARIO

Haciendo

en su presencia la cruz;

y a veces también la luz
de santas velas enciendo.

Con el hisopo sin duelo
le cubro de agua bendita.

Él allá dentro se irrita
y pone el grito en el cielo.

La monja da compasión,
y hace visajes horribles;
mas a mis voces temibles
cede del diablo el tesón.

Entonces sin resistencia
se deja al ara llevar,
y allí le obligo a jurar
que ha de prestarme obediencia.

REY

Y ¿por quién jura el protervo?

VICARIO

Jura por Dios trino y uno.

REY

Cristiano está.

VICARIO

Cual ninguno:
tal es su dolor de acerbo.

REY
En fin, ¿qué os dice de mí?

VICARIO
Jura a Dios que estáis infesto.

REY
Mas este hechizo funesto,
¿cómo, cuando le adquirí?

VICARIO
Os lo dieron en bebida.

REY
¿Qué bebida?

VICARIO
Chocolate.

REY
No digáis tal disparate.

VICARIO
Él lo jura por su vida.

REY
Con estas cosas me ofusco.
¡Chocolate!

VICARIO
Sí, en verdad.

REY
¡Que encierre tanta maldad
un poco de soconusco!

(Sale un LEGO con una bandeja, una marcelina de plata, chocolate y bollos.)

LEGO
Señor...

REY
¿Qué?

LEGO
Si sois servido...

REY
¿Qué es lo que traéis ahí?

LEGO
Chocolate.

REY
¿Para mí? (Retrocediendo.)

LEGO
Sí, señor: lo habéis pedido.

REY
No lo quiero ya.

INQUISIDOR
Tomadlo.

REY
¿El qué...? ¿Ese negro brebaje...?
De verlo me da coraje.

INQUISIDOR
¡Y hecho aquí!

REY
Es verdad... dejadlo.

(El LEGO deja el chocolate sobre la mesa y vase.)

INQUISIDOR
Sin escrúpulos podéis
tomarlo, que es de regalo.

REY
Con todo, no será malo
que la bendición le echéis.

(El INQUISIDOR bendice el chocolate. El REY se sienta, y después de tomar una sopa,
dice.)

¡Con chocolate...! Por cierto

que es particular hechizo...
Mas, señor, ¿con qué se hizo?
¿Qué habría en él?

VICARIO
Cuerpo muerto.

REY
¡Cuerpo muerto...! ¡Ave María!
¿Eso dice Satanás?

(Repele el chocolate, y se levanta horrorizado.)

INQUISIDOR
¡Qué...! ¿Dejáis?

REY
No quiero más.
Y ¡de un ahorcado sería!,
que esos malos hechiceros
buscan siempre ajusticiados.

VICARIO
Ya sus miembros entregados
estaban a buitres fieros.

REY
¿No lo dije...? ¡Compasión!

VICARIO
Con los sesos el malsín
hizo el misto.

REY
Y ¿a qué fin?

VICARIO
Perturbar vuestra razón.

REY
Y ¿al hechicero no cita?

VICARIO
Sólo dice fue mujer.

REY

Por fuerza había de ser
alguna vieja maldita.
¿No veis, padre, qué dolor? (Al INQUISIDOR.)
¿Qué haremos?

INQUISIDOR
Poner remedio.

REY
Pero ¿cuál?

VICARIO
Luzbel da el medio.

REY
¡Cómo...! ¡Luzbel...!

VICARIO
Sí, señor;
que aunque es por natura insano,
a dar remedios se aviene;
y él también a veces tiene
partidas de buen cristiano.

REY
¡Ya respiro...! Pero ¿quién
de él esperara consuelo?

INQUISIDOR
Para castigarle, el cielo
le compele a hacer el bien.

REY
En fin, ¿qué haremos en esto?

VICARIO
En ayunas un vasito
tomad de aceite bendito;
pero no comáis tan presto.

REY
Yo comer poco deseo,
y por eso estoy tan magro.

VICARIO
¡Si que viváis es milagro!

¿Paseáis?

REY

Nunca paseo.

VICARIO

Pues hacedlo con frecuencia.
Tomad los récipes mismos
que mandan los exorcismos,
si hubiere en vos suficiencia.
¿La tenéis?

INQUISIDOR

Preceptos vanos:
fuerza bastante no tiene.

VICARIO

Pues entonces no conviene:
no se quede entre las manos.

INQUISIDOR

Mejor será del conjuro
el aparato grandioso;
que es de efecto y religioso.

REY

Bien está... si con él curo...
Mas ¿cuándo y cómo será?

INQUISIDOR

Aquí será el mejor modo.
Dispuesto lo tengo todo,
y ahora mismo se hará.

REY

¿Ahora?

INQUISIDOR

¿Tenéis reparo?

REY

No... pero...

INQUISIDOR

Dispuesto estáis.
De comulgar acabáis,

ni yo de vos me separo.

REY

¿Me trataréis con piedad?

INQUISIDOR

Cesaremos si os molesta.

La iglesia estará dispuesta.

Padre vicario, avisad.

(Vase el VICARIO.)

Escena VII

El REY, el INQUISIDOR.

REY

Y ¿hará también el conjuro
este padre, por supuesto?

INQUISIDOR

No, señor; que para vos
mejor exorcista tengo.

REY

¿Quién es, pues?

INQUISIDOR

Fray Mauro Tenda;
de capuchinos un lego
que en Alemania ha adquirido
gran reputación, haciendo
muchas curas milagrosas,
y viene aquí de ex-profeso
para sanaros a vos.

REY

¡En Alemania...! Lo creo;
que hay allí muchos herejes.
En sus manos me encomiendo.

Escena VIII

EL REY, el INQUISIDOR, FROILÁN, el PRIOR, FRAY MAURO, RELIGIOSOS.

Los RELIGIOSOS salen todos con hachas encendidas, cantando el De profundis, y se colocan en dos filas. FRAY MAURO, acompañado de dos SACRISTANES con el caldero del agua bendita y el hisopo, se acerca al REY llevando una gran cruz en la mano.

INQUISIDOR

Señor... si gustáis...

REY

¿Es éste
el fray Mauro Tenda?

INQUISIDOR

El mismo.

REY

Advertidle que estoy débil,
y que se vaya con tiento.

INQUISIDOR

Ya lo está.

REY

Padre Froilán,
¿qué es lo que vos decís de esto?

FROILÁN

Que vuestra salud, vuestra alma,
necesitan tal remedio.

REY

Siendo así, conformidad.
Vamos, pues lo manda el cielo.

INQUISIDOR

Esperad, que no podéis
marchar con tales arreos.

REY

¿Cómo?

INQUISIDOR

La pompa mundana
es fuerza dejar primero:
el penitente, no el rey
en vos contemplar debemos.

REY
¿Qué haré, pues?

INQUISIDOR
Esas insignias
quitaos, señor, del pecho.

REY
Sea.

(Se quita el collar del toisón, la espada, la daga, se pone la capa de un hábito que le presentan, y hace todo lo demás que indica el diálogo.)

INQUISIDOR
La espada.

REY
Tomadla.

INQUISIDOR
Colgad de los hombros vuestros
este hábito.

REY
Bien está.
¿Qué más?

INQUISIDOR
Traed un rosario.

REY
El mío conmigo llevo.

INQUISIDOR
Llevad en la mano un cirio.

REY
Venga, pues.

INQUISIDOR
Ahora, marchemos.

(Vanse todos cantando de nuevo el De profundis. FROILÁN se queda; y al tiempo de pasar por la puerta el VICARIO, que va detrás de todos, se acerca a él, y le llama tocándole en el hombro.)

Escena IX

FROILÁN, el VICARIO.

FROILÁN
Padre vicario, palabra.

VICARIO
Vuestro soy, padre Froilán.

FROILÁN
A solas tengo que hablarle.

VICARIO
Hable su paternidad;
mas suplico sea breve,
porque esperándome están.

FROILÁN
No hacéis falta: el capuchino
basta para exorcizar.

VICARIO
Con todo, si cometiere
algún descuido fatal...

FROILÁN
Miradme bien, padre cura.

VICARIO
Ya os miro.

FROILÁN
Pero formal.

VICARIO
El caso no es para risa.

FROILÁN

¿Sabéis lo que digo?

VICARIO

Hablad.

FROILÁN

Que hay misterio en este hechizo
he llegado a sospechar.

VICARIO

Yo no pongo nada mío,
quien lo dice es Satanás:
si en ello hubiere mentira,
mía no, suya será.

FROILÁN

¿A mí me venís con ésas?
Padre vicario, dejad,
dejad pacífico al diablo,
que bien se está por allí.

VICARIO

Maleficios reconoce
la Iglesia: ¿vos los negáis?

FROILÁN

Si los niego o no los niego,
no es la cuestión.

VICARIO

¿Cuál será?

FROILÁN

Acercaos; que estas cosas
bajito se han de tratar.
Decid: ¿qué pena merece
quien es embustero asaz
para suponer conjuros
y a todo un rey engañar,
haciendo atrevido escarnio
del más santo tribunal,
y promoviendo esa farsa
que hora profana el altar?

VICARIO

Y decidme: ¿cuál merece

el confesor desleal
que sabiendo tal secreto,
lo calla astuto y sagaz,
deja que corra el engaño,
y en vez de cortar el mal,
acaso de la impostura
es el autor principal?

FROILÁN

Si yo al primero descubro,
luego ahorcado le verán.

VICARIO

Y si yo descubro al otro,
mal a fe lo pasará.

FROILÁN

Sólo entre los dos advierto
una diferencia.

VICARIO

¿Cuál?

FROILÁN

Que es el uno poderoso,
y el otro tan bajo está,
que cual gusano mezquino,
sus plantas le aplastarán.

VICARIO

O cual víbora tal vez
muerda a quien le ose pisar.

FROILÁN

Altivo está el insectillo;
mas su orgullo bajará
cuando sepa que ha ya tiempo
conozco yo al perillán.

VICARIO

¿Qué decís?

FROILÁN

Que es linda pieza
el buen señor Pedro Sanz.

VICARIO

¿Mi nombre sabéis?

FROILÁN

¡Pues no!

Lo del Antonio es disfraz;
y si gustáis, vuestra vida
os diré de pe a pa.

VICARIO

No... ¿para qué?

FROILÁN

Un solo rasgo
bastará para señal.
Esa corona postiza
que encubre tanta maldad,
ningún obispo os la hizo,
sino el barbero y no más:
con diarios sacrilegios
a Dios insultando estáis;
y ya encendida os aguarda
la hoguera inquisitorial.

VICARIO

¡Ah...! Compasión. (Se arroja a sus pies.)

FROILÁN

¿Cómo es eso?

¿El áspid no muerde ya?

VICARIO

Fue necia jactancia

FROILÁN

Así

os quiero yo... Pero alzad.

VICARIO

¡Ah! Prometedme primero...

FROILÁN

Alzad... que no os quiero mal.
Decid... Con estos conjuros
¿qué recompensa buscáis?

VICARIO
Yo... padre...

FROILÁN
Hablad con franqueza.
¿Queréis por dicha obispar?

VICARIO
Bueno fuera... pero tanto...
aún no me juzgo capaz...
Mi ambición se limitaba
a canónigo no más.

FROILÁN
Pues sereislo.

VICARIO
¿Qué decís?

FROILÁN
Que lo seréis.

VICARIO
¿Os burláis?

FROILÁN
¿Tengo cara de burlón?

VICARIO
No la tenéis en verdad.

FROILÁN
Oíd... La hoguera os ofrezco,
o una canonjía... Optad.

VICARIO
No es dudosa la elección:
venga lo segundo acá.

FROILÁN
Sí... mas es un buen bocado;
y se debe antes ganar.

VICARIO
Por de contado... y ya espero...

FROILÁN

¿Me pondréis dificultad?

VICARIO

¿Yo...? Ninguna.

FROILÁN

No sabéis...

VICARIO

Sé que bueno no será.

FROILÁN

¿De qué lo inferís?

VICARIO

La oferta
lo dice con claridad.

FROILÁN

Ya veo que...

VICARIO

Uno y otro
nos comprendemos.

FROILÁN

Cabal.
Del maleficio del rey
oculto el autor está.

VICARIO

Yo lo creo.

FROILÁN

Nunca a nadie
llegasteis a señalar.

VICARIO

Difícil era.

FROILÁN

Pues yo
ahorrar os quiero ese afán.

VICARIO

¿Cómo?

FROILÁN
Diciéndoos el nombre
del hechicero.

VICARIO
¿El real?

FROILÁN
Que lo sea o no lo sea,
ese solo ha de sonar.

VICARIO
Ya entiendo.

FROILÁN
Cuando volviereis
vuestra monja a conjurar,
del hechizo a una persona
acusará Satanás.

VICARIO
Está muy bien... Mas al caso:
¿cuál es el nombre?

FROILÁN
Mirad. (Saca un papel.)
Para que no se os olvide
en este papel está.

VICARIO
Bien.

FROILÁN
El nombre, el apellido,
la casa... ¿Falta algo más?

VICARIO
Si se quiere formar causa
es preciso original.

FROILÁN
¿Cuerpo del delito?

VICARIO

Pues:
es el nombre que le dan.

FROILÁN
Eso ya lo tengo andado.
De su puerta en el umbral
lo hallarán haciendo un hoyo.

VICARIO
Bien pensado.

FROILÁN
Y además
otros signos y figuras
en palacio encontrarán
debajo de la escalera,
cerca del Santo Tomás.

VICARIO
Con eso basta; y con menos
se quemara al preste Juan.

FROILÁN
¿Cuento con vos?

VICARIO
De seguro.

FROILÁN
Mi oferta no hay que olvidar.
La canonjía o la hoguera.

VICARIO
No, no se me olvidará.

Escena X

Dichos, PORTOCARRERO, HARCOURT.

Salen presurosos PORTOCARRERO y HARCOURT.

PORTOCARRERO
Padre confesor, ¿y el rey?

FROILÁN

¿No le habéis visto en la iglesia?

PORTOCARRERO

No, de palacio venimos.
Traemos felices nuevas.

FROILÁN

¿Cuáles?

PORTOCARRERO

De Roma ha llegado
ahora el duque de Uceda
con la respuesta del Papa.
Ved aquí su carta: en ella
su santidad los derechos
del rey de Francia a la herencia
de estos reinos reconoce:
ya de hoy más las dudas cesan
ante este divino fallo
que irresistible los sella
con su aprobación... Venid:
la escrupulosa conciencia
del vacilante monarca
esta autoridad suprema
fijará, y a los Borbones
por fin la victoria queda.

FROILÁN

Esperad... El rey ahora
no puede daros audiencia.

PORTOCARRERO

¿Por qué?

FROILÁN

Porque está ocupado
en ceremonias tremendas.

PORTOCARRERO

¿Qué ceremonias?

FROILÁN

Conjuros
que los demonios expelan
de su cuerpo.

HARCOURT

¿Qué decís?

FROILÁN

El capuchino fray Tenda,
entre lúgubre aparato,
de su misteriosa ciencia,
para librar de los malos
al débil monarca, emplea
todos los recursos.

HARCOURT

¡Cielos!

Y ¡que en España se crean
tales absurdos!

PORTOCARRERO

Harcourt,
ciertas o no, las creencias
de un pueblo han de respetarse.

FROILÁN

Y a nuestra causa interesan
estos medios que de Carlos
la imaginación afectan.
Por ellos...

(Se oye dentro rumor, y la voz del REY que grita: ¡Dejadme! Por el claustro pasan varios frailes huyendo. Habrá empezado a anochecer.)

Pero ¿qué es esto?

¿Qué sucederá en la iglesia?

¡Qué voces...! Los religiosos
como espantados se alejan...

Aquí se acerca el prior...

¿Qué agitación, padre, es ésa?

Escena XI

Dichos, el PRIOR.

PRIOR

No bien empezó el conjuro,

cuando el hechizado, sea
que los demonios en él
batallasen con más fuerza,
sea que el triste aparato
su imaginación hiriera
con insólito terror,
una tenaz resistencia
a la ceremonia opone;
nos repele, forcejea,
y corriendo a todos lados...
Pero vedle... aquí se acerca.

Escena XII

Dichos, el REY, RELIGIOSOS.

Sale el REY despavorido y huyendo. Le siguen los FRAILES con hachas encendidas. Durante esta escena acabará de oscurecer, y un SACRISTÁN coloca dos candeleros encima de la mesa, encendiendo sus bugías.

REY
No me persigáis... dejadme...

HARCOURT
¡Oh superstición!

PORTOCARRERO
¡Cuál llega!

REY
Dejadme, malos espíritus.

PORTOCARRERO
Señor...

(PORTOCARRERO, HARCOURT y el PRIOR se acercan al REY para sostenerle.)

REY
¿Quién es...? ¿Quién se acerca...?
¿Eres tú, fraile maldito...?
Aparta... aparta.

PORTOCARRERO
¡Oh funesta

ceremonia!

REY

Tantas luces...
tantas llamas... que me quemán,
que me abrasan... socorredme.

PORTOCARRERO

¡Ah...! Venid...

(Agarran al REY y le llevan hacia el sillón, en el que le obligan a sentarse.)

REY

¿Dónde me llevan?
Perdón, mi Dios... si pequé,
mitigad vuestra sentencia.

HARCOURT

¡Ah! Le acometió un desmayo.

PORTOCARRERO

No... no... postrado se queda...
mas no perdió los sentidos.

PRIOR

Darle auxilios será fuerza.

PORTOCARRERO

Sólo ha menester descanso...
dejadle... ya se sosiega...
Marchaos, padre, por Dios:
tanta gente le molesta.
Nosotros aquí quedamos;
y hasta que marcharse pueda
de él cuidaremos.

PRIOR

Muy bien...
mas para cuanto se ofrezca,
avisad.

PORTOCARRERO

Sí... Suba al coro
la comunidad entera;
y allí en ferviente oración,
que su salud restablezca

pedid a Dios.

PRIOR

Luego vamos;

y en santos himnos que muevan,
nuestras preces subirán
a las celestes esferas.

(Vanse el PRIOR y los FRAILES.)

Escena XIII

EL REY, FROILÁN, PORTOCARRERO, HARCOURT.

El teatro habrá quedado a oscuras, sin más luces que las dos bugías de la mesa. El REY, sentado en el sillón, permanece abatido. FROILÁN, PORTOCARRERO y HARCOURT se quedan detrás a alguna distancia.

HARCOURT

Ya recobrarse parece.

PORTOCARRERO

Acaso nuestra presencia
de nuevo le alteraría.
Venid acá, no nos vea.

(Se retiran al foro.)

REY

¿Qué es esto...? ¿Dónde me encuentro?
¿Es delirio...? ¿Es ilusión...?
¡Cuán opreso el corazón
de angustia gime aquí dentro...!
Entreabrirse hasta su centro,
ver la tierra imaginé...
Con trémula planta hollé
las infernales cavernas,
y allí las penas eternas
estremecido miré.
Vana ilusión fue sin duda... (Se levanta.)
Sí... vivo aún... sí... yo existo...
delirio fue cuanto he visto...
su miedo el alma sacuda.

Mas ¡ay!, si pena tan cruda
nos hace ya padecer
un soñado infierno ver...
aun en medio del sufrir
¡oh cuán dulce es el vivir!,
y ¡cuán temible el no ser!
¡Qué, rumor...! No... me he engañado...
Solo estoy... nadie me mira...
¡Nadie...! ¿Qué digo...? Es mentira...
de gente estoy circundado.
(Mirando los retratos de los reyes.)
¿Quiénes son...? ¡Dios...! ¿Qué he mirado...?
Mis antecesores... ¡ah!
Cuando un rey se encuentra ya
cual yo abatido, en presencia
de su preclara ascendencia,
¡cuán avergonzado está!
(Dirigiéndose al retrato de Carlos V.)
Tú, a quien el mundo temió,
Carlos, ¿por qué así me miras?
¡Ah...! Perdóñenme tus iras
si tu nombre infamo yo.
La suerte que te halagó
me trató con torvo ceño;
y con obstinado empeño
nos hizo a los dos nacer,
a ti para grande ser,
y a mí para ser pequeño.
¿Qué veo...? Todos airados
reconvenirme parecen...
Oigamos... sus voces crecen...
«¿A quién darás tus estados?»
Oh ilustres antepasados,
no dudéis tanto de mí.
Al francés, que aborrecí,
¿pensáis que el trono daré...?
No, jamás, jamás lo haré...
postrado os lo juro aquí.

(Cae arrodillado, y permanece así algún tiempo con la cara oculta entre las manos.)

HARCOURT
¡Qué oigo!

PORTOCARRERO
¡Fatal juramento!

HARCOURT

Nuestras esperanzas cesan.

FROILÁN

Dadme la carta del Papa.

PORTOCARRERO

¿Para qué?

FROILÁN

Tengo una idea...

HARCOURT

Ya comprendo... dadla... sí.

FROILÁN

No perdáis tiempo.

PORTOCARRERO

Tenedla.

(PORTOCARRERO da la carta a FROILÁN, y éste va con sigilo a colocarla desdoblada sobre la mesa, entre las dos luces, cerca del sillón. El REY, después de haber permanecido arrodillado algún tiempo, se levanta manifestando debilidad y abatimiento.)

REY

Salgamos de este retiro...

esta soledad da miedo...

Mas tenerme apenas puedo...

con dificultad respiro...

(Va con paso lento y se sienta, apoyando la cabeza en la mano. Hallándose en esta postura, dirige la vista a la mesa y ve la carta.)

Mi frente pesa. -¿Qué miro...?

¿No es éste el sello y la mano
del Pontífice Romano...?

Dios mío, ¿qué pliego es éste?

¿Lo trajo algún ser celeste?

¡Oh! ¡Qué misterioso arcano!

(Lee la carta, dando visibles muestras de alteración. Repite después algunas frases de ella.)

¿Qué he leído...? «Declarad

al de Anjou por heredero...
no ofendáis a Dios... primero
que el Austria es la eternidad.»
Santo Padre, perdonad...
¿No es ofenderte si cedo,
y a los míos desheredo...?
Si alguna señal, oh Dios,
no dais de quererlo vos,
obedecerle no puedo.

(En este instante se oyen a lo lejos, y como partiendo de arriba, el sonido del órgano y el canto de los RELIGIOSOS, que entonan en el coro el mismo himno que se cantó al principio de este acto. El REY, sorprendido, permanece en éxtasis, y como en presencia de una visión celeste.)

¡Qué celeste melodía...!
Mientras me encuentro indeciso,
éste es sin duda un aviso
que el mismo cielo me envía.
Se abre entre dulce armonía
de Dios la alta residencia...
Su trono está en mi presencia...
y allí, propicio a mi ruego,
con caracteres de fuego
tiene escrita la sentencia.
Pues bien, Señor, la obedezco,
la obedezco, resignado,
y a vuestro nombre sagrado
este sacrificio ofrezco.
Inmolo a quien aborrezco
las prendas del corazón...
Mas sólo mi salvación,
sólo mi deber escucho;
que aunque mi amor puede mucho,
puede más la religión.

(Cae arrodillado. PORTOCARRERO, HARCOURT y FROILÁN acuden a levantarlo.)

ACTO III

El teatro representa una sala de la casa del CONDE DE OROPESA. En foro una puerta de dos hojas, que es la de la capilla u oratorio; a los lados otras dos puertas; la que está a

la derecha del actor conduce fuera de la casa; la de la izquierda al comedor; otra puerta habrá también a la izquierda para ir al interior de la casa.

Escena I

FROILÁN, CRIADOS.

Varios CRIADOS entran en el comedor, y otros salen; en éste se oyen voces de CONVIDADOS que están a la mesa. Sale FROILÁN con aire misterioso observando a todas partes.

OROPESA

Brindo por los novios. (Dentro.)

VOCES

¡Viva!

FLORENCIO

Gracias, señores.

INÉS

FROILÁN

¡Qué bulla!

CRIADO

Padre, ¿a quién buscáis?

FROILÁN

A nadie.

CRIADO

¡Cómo os entráis sin ninguna
ceremonia!

FROILÁN

Abierta hallé
la puerta.

CRIADO

Seréis sin duda
algún convidado.

FROILÁN

No.

CRIADO

Errado habréis por ventura
la casa.

FROILÁN

¿No es la del conde
de Oropesa?

CRIADO

Sí... ¿qué busca
su paternidad en ella?

FROILÁN

¿Hoy tiene boda?

CRIADO

No suya.

FROILÁN

Ya sé que sólo es padrino.

CRIADO

Tampoco lo es, que ocupa
ese lugar por el rey.

FROILÁN

Lo sé.

CRIADO

Pues ¿por qué pregunta?

FROILÁN

¿Celebrose el desposorio?

CRIADO

No, señor... mucho madruga
su paternidad... más tarde;
que aún el banquete dura.

FROILÁN

¿Habrá oratorio en la casa?

CRIADO

Vedle allí. (Señalando la puerta del foro.)

FROILÁN

¿Tiene sólo una
entrada?

CRIADO

Otra tiene, sí:
aunque es la escalera oscura.

FROILÁN

Bien... ¿Decís que están comiendo?

CRIADO

Puede que pronto concluyan.
En esa sala... mirad...
venid... quizá se descubra
desde aquí a la novia... sí...
vedla allí... ¡qué criatura
tan linda...! Parece un ángel.

FROILÁN

¡Cielos...! Callad... me importuna
vuestra charla.

CRIADO

¡Vaya un hombre!
Tiene un gesto... no me gusta.

(Vase.)

Escena II

FROILÁN.

Allí está... ¡cuán bella...! ¡Oh cielos!
¡Infeliz...! Apura, apura
el triste placer de verla,
pues que tu escasa fortuna
aún te niega tal placer
comprado con tanta angustia.

INÉS

¡Ay! (Dentro dando un grito.)

FLORENCIO

¡Inés! (Dentro.)

OROPESA
¿Qué es eso? (Dentro.)

FROILÁN
¡Cielos!
Me ha visto.

OROPESA
Todos acudan. (Dentro.)

FROILÁN
¡Se ha desmayado...! ¡A tal punto
mi odiado aspecto la asusta!

SAN ESTEBAN
Más vale sacarla fuera. (Dentro.)

FROILÁN
Van a salir... no es cordura
quedarme... Huyamos.

(Vase.)

Escena III

OROPESA, FLORENCIO, INÉS, MONTALTO, SAN ESTEBAN,
GRANDES, SEÑORAS, CONVIDADOS, CRIADOS.

SAN ESTEBAN
Venid;
(Saliendo el primero.)
esta atmósfera es más pura.

OROPESA
Traed un sillón, vosotros.
(A los CRIADOS que salen con él.)
¡Pobrecita!

SAN ESTEBAN
¡Qué importuna
congoja!

OROPESA

¡Tan imprevista!

SAN ESTEBAN

Fue como si viera alguna
fantasma.

CRIADO

Ya ha vuelto en sí. (Saliendo.)

OROPESA

Con todo, que la conduzcan
a esta sala... Abrid un poco
los balcones.

SAN ESTEBAN

¡Qué diablura!
Cuando con tanto placer...

(Sale INÉS sostenida por FLORENCIO. Los acompañan varios CABALLEROS y SEÑORAS. Los CRIADOS habrán acercado un sillón, en el que se hace sentar a INÉS.)

FLORENCIO

Ven, Inés.

INÉS

¡Ay!

FLORENCIO

¿Qué te turba?

INÉS

¿Quién hay aquí?

OROPESA

No temáis:
sólo amigos os circundan.

INÉS

¡Ah...! Perdonadme, señor...
¡qué vergüenza...! Por mi culpa
se ha interrumpido el banquete.

OROPESA

¿Qué importa que se interrumpa?
Ya volveremos... Ahora
serenaos. -Voy en busca

de un espíritu que guardo
en mi bufete.

INÉS

Esa es suma
bondad... no...

(Vase OROPESA.)

Escena IV

Dichos, menos OROPESA.

FLORENCIO

Desecha, Inés,
el fiero terror que anubla
tu semblante.

INÉS

¡Ay Dios! Florencio,
siempre esa horrible figura
a mis ojos se presenta;
y más airada que nunca
hora aquí mismo pensé...

FLORENCIO

Es delirio que perturba
tu imaginación... ¿Qué temes?
¿No estoy contigo...? ¿No escuda
de todo un rey el favor
tu inocencia...? El que presuma
dañarte...

SAN ESTEBAN

Pero ¿qué es eso?
¿Qué misterio...? Hablad, y luzca
aquí la verdad; que todos
prometemos nuestra ayuda...

(Se oye a lo lejos el sonido de timbales y clarines.)

MONTALTO

Oíd.

SAN ESTEBAN

¿Qué será?

MONTALTO

No acierto...

FLORENCIO

El pregón será sin duda.

SAN ESTEBAN

Sí... no me acordaba que hoy

el auto de fe se anuncia.

Escena V

Dichos, OROPESA.

OROPESA

Venid, señores, venid;

y a mirar desde el balcón

este solemne pregón

presurosos acudid.

Abre la marcha lucida

Manuel Ignacio Novalles,

ostentando por las calles

su vara negra y temida.

Con la suya caminar

se ve a Ondátegui a par de él,

que si es alguacil aquél,

éste es primer familiar.

Sigue luego un escuadrón

que casi a doscientos llega,

y allí sus galas despliega

tan vistosa procesión.

Familiares y notarios

con buen orden lo componen;

a un tiempo agradan e imponen

todos con sus trajes varios.

Airosamente tocados,

sus leves plumas se agitan,

y ameno pensil imitan

tantos colores mezclados.

Son en sus trajes brillantes

lo más vil la seda y oro,

que cada cual un tesoro
lleva en soberbios diamantes.
Desaíran la luz del día
con sus vivos resplandores,
ni hay entre tantos primores
a quien dar la primacía.
Los ardientes alazanes
veréis airosos trotar,
orgullosos de llevar
unos dueños tan galanes;
y ellos también a su vez,
las gualdrapas arrastrando,
hacen sonar relinchando
la plata de su jaez.
El primoroso estandarte
se alza por fin de la fe,
donde si el oro se ve,
aún mucho más luce el arte.
Sus borlas llevan ufanos
Luis Román y Juan Romero,
porque este honor lisonjero
les toca por ser decanos.
Los acentos del clarín
el ronco timbal apoya,
y Lucas López de Moya
publica el pregón al fin.
Cada cual desde el balcón
escucha con santo celo,
y con el blanco pañuelo
saluda a la inquisición.

SAN ESTEBAN

¿Quién gustoso no ha de ver
esa pompa?

OROPESA

¿Cómo estáis?
(Acercándose a INÉS.)

INÉS

Mejor.

OROPESA

¿Nos acompañáis?

INÉS

Perdonad... no puede ser...
que aún algo débil me siento.

OROPESA

Pues bien, quedaos... Tomad
ese pomo y respirad
su esencia... Sólo un momento
nos separamos de vos.

INÉS

Mil gracias.

OROPESA

Venid, señores.

SAN ESTEBAN

Veamos esos primores.

FLORENCIO

Id, pues, señores, con Dios.

(Vanse los CABALLEROS y SEÑORAS.)

Escena VI

INÉS, FLORENCIO.

INÉS

Qué, ¿no vas?

FLORENCIO

No, vida mía.

INÉS

¿Y por qué?

FLORENCIO

¿Te he de dejar?

INÉS

No, no te quieras privar
de esa diversión... Yo iría
si fuera que tú.

FLORENCIO

Yo no;
que antes que todo es mi Inés.

INÉS

Si ya estoy buena... Ve, pues.

FLORENCIO

Escucha, que ya empezó.

(Se oyen los timbales y clarines como tocando al lado de la casa. Paran, y una voz fuerte publica el pregón siguiente.)

PREGONERO

Sepan todos los vecinos de esta villa de Madrid que el santo oficio de la inquisición celebra auto público de fe, y que se les conceden las gracias e indulgencias por los sumos Pontífices dadas a todos los que acompañaren y ayudaren a dicho auto.

(Vuelven a tocar los timbales y clarines, y se van alejando.)

INÉS

Yo no sé qué horror secreto
en mí suscita esa voz.
¡Ay de mí! Que al escucharla
el pecho se estremeció.

FLORENCIO

¿Qué es lo que dices, Inés?
¿Tú temer la inquisición?
¿Ese pregón te da miedo?
¡A ti más pura que el sol!

INÉS

¿No es verdad que no la debo
temer, no?

FLORENCIO

¿Quién tal pensó?

INÉS

Con todo... si sucediera...
si ese hombre odioso... ¡qué horror!

FLORENCIO

Inés... alienta... Tu sitio
sus calabozos no son;

tu puesto se halla en el cielo
junto al trono del Señor.

INÉS

¡Dios mío...! ¡Dios mío!

FLORENCIO

¿Lloras?

INÉS

Estas lágrimas no son
por mí, no... ¡Cuál fuera entonces,
Florencio, tu pena atroz!

FLORENCIO

¿Qué escucho...? ¿Sólo te acuerdas
de mis penas...? ¿Y tú?

INÉS

¿Yo?

No me espantan los suplicios;
me espanta el perderte.

FLORENCIO

No,
no me perderás, lo juro,
lo juro... ¿Quién, vive Dios,
arrebatarle osaría
de mis brazos, a mi amor?
¿Tan fácil es a un amante
arrancarle el corazón?
Si hay alguno que lo intente,
espada tengo y valor.

INÉS

¡Florencio!

(Deja caer su cabeza sobre el pecho de FLORENCIO.)

FLORENCIO

¡Inés...! Ven... reposa
aquí tu frente.

INÉS

A tu voz,
tranquilizada, ya siento

disipado mi terror.

FLORENCIO

Piensa sólo en ser dichosa.

INÉS

Ámame siempre, y lo soy.

FLORENCIO

¡Amarte...! Aun después de muerto,
que allí también hay amor.

(Señalando al cielo, y luego al foro.)

¿Ves aquella puerta...? Allí
está el altar... Ante Dios
dentro de breves instantes
ser tuyo juraré yo.

Juramentos, bien lo sé,
no ha menester mi pasión;
mas es tan pura esta llama
que nos abrasa a los dos,
tan bella, que bien merece
la contemple el Hacedor.

Escena VII

Dichos, OROPESA, GRANDES, SEÑORAS.

OROPESA

Inés, Florencio, alegraos.
Hoy vuestros amores gozan
de una dicha sin igual
que pocos vasallos logran.
El monarca en cuyo nombre
soy padrino en estas bodas,
sus favores aumentando,
con su presencia las honra.

FLORENCIO

¿Qué decís?

OROPESA

Un gentil-hombre
el aviso acaba ahora
de traerme. La carrera

don Carlos en su carroza
ha salido a recorrer,
y con su augusta persona
llena de esperanza al pueblo,
que al mirarle se alborozan.
Al pasar por esta casa,
cuyas cadenas pregonan
no ser la primera vez
que de tanto honor blasona,
intenta subir, y él mismo,
a este acto dando más pompa,
conduciros al altar
en la santa ceremonia.

INÉS
¡Qué bondad!

(Se oyen dentro vivas.)

OROPESA
Estos clamores
que el aire pueblan y asordan,
anuncian ya su llegada.
Salgo a recibirle.

(Vase con los GRANDES.)

Escena VIII

INÉS, FLORENCIO, SEÑORAS.

FLORENCIO
Ahoga,
Inés mía, tus pesares.
De un hombre vil, ¿qué te importa
el impotente furor?
Mientras el rey nos acoja
bajo su amparo, ¿qué puede
quien sólo existe a su sombra?

INÉS
Dices bien; en nuestra dicha
pensemos no más... Pues colma
el cielo nuestros deseos,

apuremos esta copa
de placer que nos presenta
con sonrisa cariñosa.
Gocemos mientras duraren
de felicidad las horas;
que si pasan, y algún día
ser desgraciados nos toca,
cual bálsamo de consuelo
nos quedará su memoria.

Escena IX

Dichos, el REY, OROPESA, GRANDES.

Sale el REY acompañado de OROPESA y los GRANDES. INÉS y FLORENCIO doblan la rodilla y le besan la mano.

FLORENCIO
¡Señor!

REY
¡Hijos míos!

INÉS
¡Tanta
bondad!

REY
¡Y bien! ¿Qué os asombra?
Cumpló lo que prometí:
vengo a presenciar las bodas.
Por fortuna hace ya días
que mi salud se recobra,
y puedo sin riesgo alguno
ir a respirar en otra
atmósfera que en el regio
alcázar que me aprisiona.
El doctor Parra además,
desde la escena espantosa
del conjuro, me aconseja,
para ahuyentar melancólicas
ideas, que los parajes
más agradables recorra,
y presencie escenas tiernas

do la virtud venturosa
sólo sensaciones gratas,
sólo ternura provoca.

FLORENCIO

A vos lo debemos todo.
Para quien dichosos forma,
¿qué espectáculo más dulce
que el mirar sus propias obras?

REY

Vos, conde, no imaginéis
que intento en la ceremonia
arrebatáros un puesto
que gustoso...

OROPESA

Si era honra
para mí representar
vuestra sagrada persona,
el pisar vos esta casa
aún más honor me reporta.

REY

Guiad los novios al ara,
este deber siempre os toca,
que a ser mero espectador
yo sólo he venido ahora.

OROPESA

A estar para esta visita
prevenido, con la pompa
os recibiera, señor,
digna de...

REY

Así me acomoda.
Recorriendo la carrera
tuve esta idea... ¡Famosa
ha estado la cabalgata!
Mas no sé qué negras sombras
a oscurecer empezaron
mi vista... Sí... la memoria
del auto anterior (aunque hace
tantos años) no se borra
de mi mente... y pienso ver...

OROPESA

Fue aquella función grandiosa,
y si ésta se le parece...

REY

Cuando mis primeras bodas
fue... bien me acuerdo... La hoguera
sirvió de nupcial antorcha, (Distraído.)
triste luciendo... A mi lado
se hallaba mi tierna esposa...
mi Luisa... y me suplicaba...
Mas no hubo perdón... Asombra
el número de las víctimas.
Las llamas devoradoras
a cincuenta consumieron...
¡Herejes! ¿Quién los perdona?
Bien hecho fue... ¿no es verdad?

OROPESA

Sí... fue justicia notoria.

REY

¡Ah! ¡Ah! ¡Qué gestos hacían!
(Con risa sardónica, delirando.)
¡qué gritos daban...! Sus bocas
cubiertas de espumarajos
proferían horrorosas
imprecaciones... ¡Impíos!
¡Al brasero! ¡A la picota!

INÉS

Señor, olvidad tan tristes...

REY

Treinta fueron en persona
(Asiéndola por el brazo.)
quemados... veinte en efigie,
con sus huesos... que aunque esconda
la tierra al culpable, nunca
sus derechos abandona
la inquisición... A la muerte
su presa disputa ansiosa,
y hasta del féretro mismo,
si la halla en él, la recobra.

INÉS

¡Qué horror!

REY

Pues mira... por eso

mis reinos todos me nombran

el vengador de la fe...

Mas ¿qué digo...? Ahora... ahora

ya no lo soy... soy un réprobo...

Huid... huid. (Delirando enteramente.)

OROPESA

Le abandona

la razón.

REY

También a mí

la inquisición sus antorchas

me prepara... No... apartad...

La frente que una corona

ciñe, no puede... Salgamos,

que sus verdugos me acosan.

OROPESA

Su acostumbrado delirio

le acomete...

(El REY discurriendo incierto por el teatro, vacila. OROPESA, FLORENCIO, INÉS y los GRANDES le sostienen y le hacen sentar.)

¡Oh qué penosa

situación! ¡Cielos! ¿Qué haremos?

FLORENCIO

Al oír la voz sonora

de Inés, de tan triste estado

alguna vez se recobra.

INÉS

¡Ah...! Sí... sí... traed una harpa,

que ya a cantar estoy pronta.

Mas ¿qué cantaré?

FLORENCIO

El romance

hecho para nuestras bodas.

(Traen una harpa. INÉS la toca y canta. Al oír el prelude el REY, que estaba abatido, se recobra y se pone a escuchar embebecido, como si saliera de un profundo sueño.)

INÉS

(Canta.) Barquilla que sin recelo,
en el mar de amor navegas,
boga, boga, que ya llegas
el ansiado puerto a ver.
Luce el sol de tu ventura,
la mar sonrío en bonanza,
y el viento de la esperanza
te lleva al dulce placer.

REY

¡Inés...! ¿Eres tú...? No ceses:
mi alma al oírte recobra
su quietud, y en mil placeres
enajenada se goza.

INÉS

(Canta.) ¡Ay! No tardes; la inconstancia
teme del mar proceloso,
que en la tarde está furioso
cuando en calma amaneció.
Mas de un barco sin ventura
probó su furor impío;
y en el áspero bajío
ante el puerto se estrelló.

(El REY se levanta enajenado, y se encamina hacia INÉS.)

REY

¡Oh Inés! De tu dulce voz
esa magia poderosa
es la que sólo consigue
mis penas y mis zozobras
mitigar, y algún consuelo
vierte en mi vida angustiosa.
El ángel eres sin duda
que el cielo me proporciona
en medio de tantos males
para sanarlos... Pues sola
puedes la salud volverme
quédate a mi lado, pronta
siempre a calmar mis delirios

con canciones seductoras.

INÉS

Si tal consigo, señor,
yo me tendré por dichosa.

REY

Tiempo es ya de que himeneo
te dé la dulce corona,
premio de amor y virtud
que esperando estás ansiosa.
Si todo está preparado,
puede ya la ceremonia
principiar.

FLORENCIO

Antes, señor,
esa mano bienhechora
permitid que con respeto
puedan besar nuestras bocas.

REY

Hijos, sí.
(Se arrodillan, y besan la mano al REY.)
Marchad, y el cielo
bendiga unión tan preciosa.

Escena X

Dichos, FROILÁN, un COMISARIO de la inquisición, FAMILIARES, ALGUACILES,
y luego GUARDIAS.

FLORENCIO

Mis votos están cumplidos.

OROPESA

La mano, amigos, me dad.
Vamos. Abrid.

(OROPESA toma por la mano a INÉS y FLORENCIO, y se encamina con ellos y los demás asistentes hacia el oratorio. A la voz Abrid, se abre la puerta de la capilla, y aparece en ella FROILÁN, acompañado de FAMILIARES y ESBIRROS de la inquisición. Todos retroceden al verle, y él se avanza en medio con aire lúgubre y funesto.)

FROILÁN
Esperad.

OROPESA
¿Qué veo?

INÉS
¡Somos perdidos!
(Yendo a guarecerse en los brazos de FLORENCIO.)

FLORENCIO
¡Froilán Díaz...! ¡Maldición!

REY
¿Qué es eso, padre Froilán?
¿Qué intentáis...? ¿Quiénes están
ahí con vos?

FROILÁN
La inquisición.

TODOS
¡La inquisición!

OROPESA
Y en mi casa
el santo oficio ¿qué quiere?

FROILÁN
Si su majestad nos diere
su venia...

FLORENCIO
¡El furor me abrasa! (Aparte.)

REY
Cumplid con vuestro deber:
si el tribunal os envía,
¿quién contrastar osaría
en mis reinos su poder?

FROILÁN
Comisario, habéis oído.

COMISARIO

¿Inés Gómez?
(Sacando un legajo de papeles, y leyendo.)

REY
¡Cómo!

FLORENCIO
¡Inés!

COMISARIO
¿Se halla aquí?

OROPESA
Sí... ésta es.

COMISARIO
¿Vuestra edad?

INÉS
Aún no he cumplido
diez y ocho años.

COMISARIO
¿Vivís
en la calle de Torija?

INÉS
Sí señor.

COMISARIO
Esta sortija
¿es vuestra?

INÉS
¡Oh Dios!

COMISARIO
¿Qué decís?

INÉS
Mía fue... tiempo hace ya
que en Alcalá la he perdido.

COMISARIO
¿Habéis allí residido?

INÉS

Hasta un año escaso habrá.

COMISARIO

Pues vos sois la que buscamos.

De orden de la inquisición,
señora, daos a prisión.

INÉS

¡Yo!

REY

¡Cielos!

OROPESA

FLORENCIO

¡Inés!

FROILÁN

Sí.

COMISARIO

Vamos.

REY

¡Inés...! ¿Y por qué delito?

FROILÁN

Por hechicera.

TODOS

¡Hechicera!

(Se apartan de INÉS horrorizados.)

FLORENCIO

Ésa es calumnia grosera.

COMISARIO

En el proceso está escrito.

REY

Padre Froilán, ¿es verdad?

FROILÁN

Estremeceos, señor:
objeto de su furor
es...

REY
¿Quién?

FROILÁN
Vuestra majestad.

OROPESA
¡El rey!

REY
¡Yo!

FLORENCIO
Mentís.

INÉS
¡Aleve!

FROILÁN
Lo declara el santo oficio:
vuestro horrible maleficio
a sus hechizos se debe.

REY
¡Qué horror!

INÉS
¿Le creeréis? (Al REY.)

REY
Aparte.

FLORENCIO
Mentís, os vuelvo a decir. (A FROILÁN.)

INÉS
¡Florencio!

FLORENCIO
¡Y he de sufrir
que así se atreva a acusarte!
¡No, no será, vive Dios!

La verdad descubriré,
y aquí mismo arrancaré
el disfraz que os cubre a vos.
(A FROILÁN.)

FROILÁN
¿A mí?

FLORENCIO
A vos, mal religioso.
Sabed que a Inés ha querido (Al REY.)
seducir... no lo ha podido
y así se venga alevoso.

OROPESA
¿Qué dice?

REY
¡Infame!

FROILÁN
Dejadle.
Señor, ¿no veis que delira?
Su ciega pasión le inspira:
no es extraño... perdonadle.

FLORENCIO
¡Hipócrita vil!

REY
¿A un santo
te atreves a calumniar?

INÉS
¡Señor...!

REY
Quita tú... Mirar
no te puedo sin espanto.
¿Así mis bondades pagas?
¡Sierpe astuta, que a traición
me muerdes el corazón
cuando pérfida me halagas!
¡Qué extraño que mis delirios
con tus cantos disipases,
si antes con mágicas frases

tú labraste mis martirios!
¡Suerte, cuál es tu rigor,
pues cuanto en la tierra amé,
otro tanto al fin hallé
ingrato, falso y traidor!
Prueba pues mi justo encono,
mujer digna de castigo;
aparta, yo te maldigo,
y a tus jueces te abandono.

INÉS

Por Dios, señor, desechad
acusación tan horrible:
¿no advertís que es imposible
en mí tal perversidad?
A mis años no se aprenden
esas artes infernales:
sólo de amor y sus males
tan tiernos años entienden.
Amar mi existencia ha sido,
amé cuanto conocí,
a todos amé... mentí:
uno es de mí aborrecido.
Uno, y si le conocieran,
todo el universo, vos,
y hasta de bondad el Dios,
como yo le aborrecieran.
Mas el hipócrita odioso
con falsa virtud engaña,
y con implacable saña
de mí se venga alevoso.
Vedme a vuestros pies, señor...
¡Piedad...! Mas ¿os alejáis?
¿De mí la vista apartáis?
¡Oh injusto y cruel rigor!

(A los GRANDES, que también se apartan y vuelven la cabeza.)

Y vosotros, caballeros,
os lo pide una mujer:
¡ah!, venidme a defender
de mis enemigos fieros.
Venid... ¿qué miro...? ¿También
huís de mí horrorizados?
¿Qué es esto...? ¡Cruelles hados!
¿A quién dirigirme, a quién?

¿Adónde encontraré yo
un ser que por mí interceda?
¿Uno que salvarme pueda?
¿Adónde, adónde?

(Corriendo incierta por el teatro, se encuentra con FROILÁN, que se acerca a ella como ofreciéndose, y dando a entender con su acción que él puede salvarla; ella retrocede horrorizada, y con desprecio dice:)

¿Vos...? No.

FROILÁN
Ministros del tribunal, (Con furor.)
¿por qué tardáis en llevarla?

(Los ESBIRROS se acercan para prenderla. FLORENCIO furioso saca la espada y se coloca delante de INÉS, amenazando a los ALGUACILES, que se detienen.)

FLORENCIO
Si alguien se atreve a tocarla
llegó su instante fatal.

INÉS
¿Qué haces?

(Se abalanza al brazo de FLORENCIO, y le contiene con fuerza.)

REY
¡Osado!

OROPESA
¡Imprudente!
(Se abalanza también para detener a FLORENCIO.)

COMISARIO
¡Favor a la inquisición!

REY
¡Hola, guardias!

FLORENCIO
¡Maldición!
¿Tú enfrenas mi rabia? (A INÉS.)

INÉS
Tente.

OROPESA

Mira que vas a labrar
tu perdición.

REY

¡Qué insolencia!
¡Atreverse en mi presencia
el acero a desnudar!
Prendedle.

(Los GUARDIAS, que habrán llegado, y los ESBIRROS se abalanzan a FLORENCIO, que detenido por INÉS y OROPESA, no puede defenderse. Sin embargo, forcejea y se resiste entre todos.)

INÉS

¡Cielos!

FLORENCIO

¡Malvados!
¡Todos juntos! Uno a uno
venid... no temo a ninguno...
quedaréis escarmentados.
¿Y no la osáis defender, (A los GRANDES.)
caballeros...? Dije mal:
¡caballeros...! No lo es tal
quien no ampara a una mujer.
Andad... ¡y en vosotros arde
de mil héroes el valor!
Mentira, pues al temor
dobláis la frente cobarde.
La inquisición, me diréis,
la inquisición os da susto...
¡Y ante un tribunal injusto
siempre siervos temblaréis!
Esos nobles infanzones
que conquistaron el mundo,
a los pies de un fraile inmundo,
hora humillan sus blasones.
¡Oh mengua! ¡Oh torpe baldón
¿Cómo España ha de ser grande
si consiente que la mande
quien le imprime tal borrón?
Maldito mil veces sea
ese tribunal odioso,
que siempre de sangre ansioso,

sólo suplicios desea;
que pretendiendo vengar
del cielo la causa santa,
la ofende, y al orbe espanta
a fuerza de asesinar.
¡Y ministro entre furores
de la religión se dice!
La religión le maldice,
y detesta sus horrores.

INÉS

¡Ah...! Calla, por Dios.

REY

¡Blasfemo!
¡Y te he podido escuchar!
¡Y osaste ante mí llevar
tu furor a tanto extremo!
¡Ah...! Salgamos de aquí luego,
pues cuanto esta casa encierra
temo lo trague la tierra
o abraze el celeste fuego.
Padre Froilán, pues de Dios
tenéis la espada en la mano,
no haya perdón a su insano
delito, y mueran los dos.

(Vase horrorizado.)

FROILÁN

A las mazmorras llevadlos.

INÉS

¿Qué has hecho? (A FLORENCIO.)

FLORENCIO

Si has de morir,
tu suerte quiero sufrir.

INÉS

¡Florencio!

FLORENCIO

¡Inés! (Se abrazan.)

FROILÁN

Separadlos.

(Los ESBIRROS los apartan a la fuerza, y se los llevan.)

ACTO IV

El teatro representa un calabozo de la Inquisición.

Escena I

INÉS, CARCELERO.

CARCELERO

Vuestros ruegos me importunan:
callad, señora, callad.

INÉS

En vano con torvo ceño
mostráis severa la faz:
lo conozco, mi desgracia
os duele a vuestro pesar,
y lágrimas de ternura
os miro vertiendo ya.

CARCELERO

¿Yo, señora...? ¿Yo...? Mentira.
¡Voto a Dios! ¿Imagináis
que para ser compasivo
me tiene aquí el tribunal?
No es ése mi oficio, no:
mi oficio es sólo escuchar
los lamentos, y dormirme
de su sonido al compás;
es ver males y reír,
ver suplicios y gozar.
Yo tengo este corazón
aún más duro que el metal
con que forjados los grillos
de estas mazmorras están.
Ni una lágrima en mi vida
se me ha visto derramar.

INÉS

Pues ¿qué es esto?

(Pasándole la mano por los ojos.)

CARCELERO

Esto es tan sólo...

brujería... ¡voto a tal!

Brujería... sí, señora:

por hechicera aquí estás,

y es el hechizo mayor

el hacerme a mí llorar.

INÉS

Mi juventud, mi inocencia

son mis hechizos no más:

miradme bien, y decidme

si puedo ser criminal.

CARCELERO

Yo en eso nunca me meto,

que ésas son cuentas allá

del tribunal... Todos dicen

siempre lo mismo... Es verdad

que como vos, lo confieso,

jamás he visto, jamás...

INÉS

Pues bien, tened por lo mismo

algún poco de piedad.

CARCELERO

¡Piedad...! Ya tengo bastante:

mejor no os puedo tratar.

INÉS

Es cierto, y agradecida..

Pero ¿por qué me negáis

el solo favor que...?

CARCELERO

¡Diablos!

¡No es nada el favor...! ¡Pues ya!

Si lo supieran... bonita,

se armaría... Sí... ¡dejar

que comuniquen dos presos!

INÉS

Un minuto nada más.

CARCELERO

Ni medio.

INÉS

Es mi esposo.

CARCELERO

¡Y qué!

Por lo mismo.

INÉS

¿Quién sabrá...?

CARCELERO

Mi conciencia.

INÉS

¿La tenéis

en dejarme así penar?

¡Ah! ¡Tantos días sin verle!

¡Infeliz! ¡Cuál sufrirá!

¿Tenéis mujer? ¿Tenéis hijos?

CARCELERO

Sí tengo.

INÉS

Pues bien, pensad

¡cuál vuestro dolor sería

si de ellos a separar

os llegasen...! Un momento,

un momento, por piedad.

Dentro de poco... mañana...

tal vez se ejecutará

la sentencia. A separarnos

Ya toda una eternidad:

permitid que para siempre

un a Dios le pueda dar.

CARCELERO

¡Vamos! Si digo yo bien

que es brujería. -Vendrá

conmigo aquí... Mas silencio:

si lo saben...

INÉS

Descuidad.

Mi gratitud será eterna.

¿Qué digo...? Corta será.

¡Mi gratitud, mi silencio

breve término hallarán

en la muerte.

CARCELERO

¡Pobrecita!

Me voy... no quiero llorar.

Escena II

Dichos, FROILÁN.

Al llegar el CARCELERO a la puerta, sale FROILÁN.

INÉS

Al fin le daré siquiera

el último a Dios.

CARCELERO

¿Quién va?

Alto ahí... ¿quién es?

FROILÁN

Silencio.

CARCELERO

¡Ah! ¿Sois vos, padre Froilán?

INÉS

¡Froilán! ¡Oh cielos! ¡Que libre

ni aun aquí me ha de dejar!

FROILÁN

Márchate... Déjanos solos.

Nadie entre aquí.

CARCELERO

Bien está.

(Vase.)

Escena III

INÉS, FROILÁN.

FROILÁN
Hela allí... ¡cuál está!

INÉS
Con mis tormentos
¿venís, hombre cruel, a recrearos?
¿O bastantes no son, que ansiáis, inicuo,
con vuestro odioso aspecto acrecentarlos?

FROILÁN
¡Desdichada...! Mis iras no provoques
cuando ya solo aquí piadoso bajo.

INÉS
¡Piadoso vos!

FROILÁN
¿Lo dudas?

INÉS
¿Yo...? Miradme,
miradme y responded.

FROILÁN
¡Ah! Sí... me espanto
de mi propia maldad... Yo soy un monstruo.
Perdona, Inés.

INÉS
¡Perdón!

FROILÁN
Tus males causo,
infeliz, y una lágrima que viertas
cae pesada aquí, y hace pedazos
mi triste corazón.

INÉS
Mentís.

FROILÁN
¡Me culpas!
Culpa sólo el amor en que me abraso.
Inés
¡Amor horrible!

FROILÁN
Sí... Como tú misma
yo me horrorizo de él... Amor infausto
que aborrezco y maldigo... Un tiempo fuera
que dichoso viví, sólo buscando
ya de envidiada ciencia el gran tesoro,
ya de fama inmortal el noble lauro.-
Te vi... todo cesó. -Dime: ¿qué hiciste,
que en otro ser así me has transformado?
Estas fieras pasiones que aquí dentro
luchan embravecidas y al nefando
crimen me arrastran, ¿dó se hallaban? ¿Cómo
a tu solo mirar en mí estallaron?
¿Y cuál es tu poder, que desde el cielo
a la región precita me has echado?
Luché... me resistí... tú no lo ignoras.
¡Inútil batallar! Sólo combato
para ser más vencido... Presa horrible
de algún genio maléfico encargado
de mi condenación, ya abierto miro
el infierno a mis pies, y en él me lanzo.

INÉS
¡Ah! ¡Me dais compasión...! Si a tanto precio
venganza he de encontrar, yo la rechazo.

FROILÁN
¿Qué oigo? ¡Oh ventura! ¿Con que al fin ya pudo
una voz de piedad mover tus labios?

INÉS
¿Soy cruel como vos?

FROILÁN
¡Ah! Tú no sabes
qué atroz, que horrible la existencia arrastro.
Los males que tú sufres, yo los sufro

más crueles mil veces, más amargos;
que en la inocencia tú, consuelo encuentras,
nuevo verdugo con el crimen hallo.

INÉS

Sed piadoso una vez... Romped mis hierros,
y entonces juro...

FROILÁN

¿Qué?

INÉS

Juro no odiaros.

FROILÁN

¿Eso no más? Escucha: yo tan sólo
te puedo libertar: lo quiero, lo ansío,
y a ejecutarlo vengo.

INÉS

¡Ay! ¿Es posible?

FROILÁN

Sí; mas de este favor un premio aguardo.

INÉS

¿Cuál?

FROILÁN

¿Lo debo decir?

INÉS

Entiendo... nunca.

FROILÁN

¿Nunca...? Piénsalo bien.

INÉS

Ya lo he pensado.

FROILÁN

¡Siempre otro afecto tu razón ofusca!

INÉS

¡Y siempre vos me estáis atormentando!

FROILÁN

De un amante vulgar, dime, ¿qué esperas?
Sólo inconstancia, olvido, eterno llanto
e indeleble baldón; vil instrumento
de algunos días de placer, acaso
para él serías, y cual mueble inútil,
logrado el torpe fin, luego arrojado.

INÉS

¡Oh! (Con horror.)

FROILÁN

¡Cuál otro es mi amor! A par que ardiente,
firme le probarás: sí, cuando te amo
es por la vida; por la vida juro
a tus plantas estar rendido, esclavo.
¿Qué no haré yo por ti? ¿Quieres riquezas?
Habla, y tantas tendrás, que en lujo, en fausto
te envidien esas damas que orgullosas
ostentan su beldad en los palacios.
¿Quieres gozar placeres? Los placeres
te seguirán do quier...

INÉS

Ea, apartaos:
huid lejos de mí... Vuestras ofertas
horror me causan, y os cansáis en vano.
¿Veis este calabozo obscuro, horrendo,
de suplicios mansión, del hombre espanto?
Otra estancia buscad más pavorosa,
tormentos inventad aún más extraños;
cielo, delicias, para mí serían,
si al vivir con tal monstruo los comparo.
¿Qué más? La muerte que me espera es dulce
si me libra de vos.

FROILÁN

¿Qué has pronunciado?
¡La muerte...! Dime: por ventura ¿sabes
la muerte que va a ser? ¿Piensas acaso
que es un morir común, de esos que suelen
repentinos herir, llegar callando,
que de esta vida al perdurable sueño
nos llevan sin sentir como al descanso?
No, no; que es un morir atroz, horrible,
que lento y doloroso va llegando;

que todo nuestro ser destroza, y hace
para sufrir aún más, sufrir despacio.

INÉS

Callad... ¡qué horror!

FROILÁN

Es el suplicio mismo
que el cielo en sus venganzas ha inventado;
el mismo, sí, que en el profundo averno
los que Dios reprobó sufren rabiando.

INÉS

Pues bien, lo sufriré... cortos instantes...
y por ello después la gloria aguardo.
Mas vos también lo sufriréis; y toda,
toda una eternidad será, malvado.

FROILÁN

¡Horrible eternidad...! Mas yo la acepto
por un instante de tu amor en cambio.
Ámame, y todo lo demás es nada;
y sólo el recordar que me has amado
de tanta dicha circundarme puede,
que el infierno tormentos busque en vano.
Tus odios temo nada más; por ellos
soy crüel cual me ves y soy culpado.
Sálvame, por piedad, de este delirio;
sálvate a ti de mi furor insano.
A tus plantas postrado te lo ruego:
(Se arroja al suelo.)
sí, yo las baño con acerbo llanto.
Ten de mí compasión y de ti misma:
mira que juntos nos perdemos ambos.

INÉS

Alzad... ¿Qué es lo que hacéis? ¡Cómo! ¡El verdugo
a los pies de la víctima...! ¿Es escarnio?
¿Es delirio...? Mas no... castigo es sólo
del cielo vengador... En tal estado
¡yo triunfo, y vos la criminosa frente
en el polvo ocultáis! ¡Digno salario
debido a la maldad! Alzad, os digo:
donde no os vuelva a ver id, ocultaos;
dejadme a mí morir, que de mi muerte
ya en vuestro corazón lleváis el pago.

FROILÁN

¿Sí...? Ya te dejo... A Dios... Pues tú lo quieres,
sea... tú morirás... Mas si has pensado
que sola has de morir, te engañas, necia,
que otro también te seguirá al cadalso.

INÉS

¡Ay...! ¿Quién?

FROILÁN

¿No lo adivinas?

INÉS

¡Dios! ¿Florencio?

FROILÁN

Ese mismo.

INÉS

¡Piedad!

FROILÁN

¡Venganza...! Entrambos,
entrambos moriréis.

INÉS

¡Ah! ¡Que esa herida
hasta el fondo del pecho me ha llegado!
¡Florencio!

FROILÁN

No le llames, no, que pronto
le volverás a ver.

INÉS

¿Sí...? ¿Dónde...? ¿Cuándo?

FROILÁN

¿Dónde? En la hoguera.

INÉS

¡Compasión!

FROILÁN

En ella

la interrumpida unión podréis ufanos
por siempre renovar... Fieles amantes,
ese lecho nupcial, ese os preparo.

(Vase.)

Escena IV

INÉS.

¡Ah...! ¿No basta a tu furor
que en mí tu venganza cebes?
¡A hundir el puñal te atreves
en la prenda de mi amor!
Sin desmayar, sin temor
oí mi cruda sentencia;
a su bárbara violencia
serena entregarme espero;
mas para golpe tan fiero
no tengo, no, resistencia.
¡Dios mío! Mírame aquí
humillada en tu presencia:
¡ah! Yo imploro tu clemencia,
mas no la imploro por mí.
Si alguna vez te ofendí
sufra yo sola el castigo;
tu cólera yo bendigo
si a mí solamente alcanza;
pero es sobrada venganza
perder a mi bien conmigo.
Mi destino aparecer
fue en el mundo un solo instante,
y unir, cual rosa fragante,
el morir con el nacer.
Ve la tarde perecer
flor que la aurora vio abrir;
y en tan rápido existir,
esta corta y triste vida
sólo me fue concedida
¡ay!, para amar y sufrir.
Florencio, dueño adorado,
yo soy, yo, quien te asesino;
fatal te fue mi destino;
¿por qué, por qué me has amado?

Te prometí, desdichado,
suerte de amor placentera:
te engañé; sólo te diera
en premio de tu pasión,
por palacio una prisión,
y por tálamo una hoguera.
Perdona, mi bien, perdona,
y no culpes a mi amor:
son mi desdicha mayor
los males que te ocasiona.
Otro premio, otra corona
te quise yo reservar;
mas si no logró alcanzar
tamaño bien nuestro anhelo,
no importa, que allá en el cielo
aún nos podremos amar.

Escena V

INÉS, FLORENCIO, el CARCELERO.

CARCELERO

Venid... allí está. (A FLORENCIO.)

INÉS

¡Florencio!

FLORENCIO

¡Inés...! ¡Y te vuelvo a ver! (Se abrazan.)

INÉS

¡Ah! ¡Fallezco de placer!

FLORENCIO

¡Dueño, adorado!

CARCELERO

Silencio.

Hablar bajo es menester.

FLORENCIO

Contenerme no me es dado...

CARCELERO

Pues volved a la prisión.

INÉS

¡Arrancarle de mi lado!
Primero me haréis, malvado,
pedazos el corazón.
Carcelero
¡Buena la hicimos por cierto!

¡Y tened luego piedad!
Reniego de mi bondad.

(El CARCELERO se va, dejando solos a INÉS y FLORENCIO.)

FLORENCIO

¿Estoy dormido o despierto?
¿Es ilusión? ¿Es verdad?
¡Inés, Inés en mis brazos!

INÉS

Sí, mírame junto a ti.
Ven, y estrechemos aquí
tan dulces y tiernos lazos.
Ven, ven, más cerca de mí.

FLORENCIO

Deja que de esa mirada
me abrase el süave ardor;
deja que aspire el olor
de tu boca perfumada,
y más me embriague de amor;
deja contemple otra vez
esa divina hermosura;
que aunque tanta lóbreguez
ocultármela procura,
puede más su brillantez.
En vano el dolor pretende
tan bella flor marchitar;
que en el que bien sabe amar
aún más su pasión enciende
la hermosura del pesar.
Llega, llega, Inés, y pon
tu mano en el corazón:
¿ves cuál late enamorado?
Pues de hacerlo no ha dejado
por ti en tan larga prisión.

INÉS

Esa confianza, mi bien,
en medio la pena mía,
fue de mi vida el sostén:
si pienso en él, me decía,
él en mí piensa también;
si sufro yo por sus males,
él por los míos padece;
o más bien en penas tales,
amor consuelos iguales
benigno a los dos ofrece.

Esta prisión horrorosa
do paso tan tristes días,
la imaginé ¿lo creerías?,
tal vez mansión deliciosa
porque en ella tú vivías.
En sus muros denegridos
viérasme siempre aplicar
con triste afán los oídos,
por si lograba escuchar
tus ayes y tus gemidos.

Mil veces yo les conté
mi pasión, mi pena fiera;
porque en mi vana quimera,
la dura piedra pensé
repetírtelas pudiera.

Otros días más serenos
no le pedía tu Inés
al cielo de gozo llenos,
sino una vez a lo menos
mirarte y morir después.

FLORENCIO

¡Tú morir, tú, vida mía!
¡Oh qué pensamiento atroz!
¿Quién sentenciarte osaría?
¿Dónde está el hombre feroz
que asesinarte podría?
Mas ¿qué digo? ¿Por ventura
adonde me encuentro olvido?
Jamás aquí la impostura
en su rabia ha conocido
ni juventud ni hermosura.
Cuanto es mayor la inocencia,
más si víctima reclama:

ya dictó su sentencia;
y sólo en la ardiente llama,
allí hallaremos clemencia.

INÉS

Ya la dictó: si dudar
un solo instante pudiera
no faltó con rabia fiera
quien por sólo atormentar
a anunciármela viniera.

FLORENCIO

¿Quién?

INÉS

¿Lo ignoras?

FLORENCIO

¡Hombre odioso!

INÉS

Habrá muy cortos instantes
que aquí se hallaba furioso.

FLORENCIO

¿Qué dices? ¡Dios poderoso!
¡Y no pude llegar antes!

INÉS

Aquí de su impuro amor
osó pintarme el ardor;
y aun con fiera complacencia,
de mi suplicio el horror,
por vencer mi resistencia.
¡Vencerme! ¡Vanos intentos!
No, mi flaqueza no es tanta:
para sufrir tengo alientos;
mucho más que los tormentos
su odiosa pasión me espanta.

FLORENCIO

¡Oh valerosa mujer!
Tú alientas mi pecho amante;
mas si víctima has de ser,
no tengo valor bastante
para verte padecer.

En una hoguera fatal...
¡Oh cielos! ¡Yo me estremezco!
No, mujer angelical,
no será: librarte ofrezco
de ese suplicio infernal.

INÉS
¡Cómo...! ¿Tú?

FLORENCIO
¿Tendrás valor?

INÉS
¿Podiera faltarme al verte?

FLORENCIO
Mira que en tanto dolor,
último don de mi amor
será tan sólo la muerte.

INÉS
Yo con placer la recibo
de ti, por quien sólo vivo.

FLORENCIO
Este anillo que aquí ves,
en sus entrañas, Inés,
recela un veneno activo.

INÉS
Dámelo luego... Morir
mi aciago destino es ya;
pero al dejar de existir,
al menos el no sufrir
tu esposa te deberá.

FLORENCIO
Sí, mi Inés; y mil delicias
aún al morir probaremos:
hasta expirar nos veremos;
y entre amorosas caricias
abrazados moriremos.
Mis labios recogerán
ansiosos tu último aliento
cuando el mío exhalarán,
y unidas al firmamento

nuestras almas subirán.
Vengan después los malvados,
de mil suplicios armados;
y en su despecho impotente,
en restos inanimados
ejerzan su saña ardiente.
Al ver burlado su anhelo
temblarán, sí, de furor;
y nosotros sin recelo
gozaremos desde el cielo
de su rabioso dolor.

INÉS

Dame el veneno... ¿qué tardas?
Tal vez la ocasión perdemos
si sólo un instante aguardas.

FLORENCIO

Pues primero yo...

(Saca el anillo del dedo, lo abre, y lo aplica a los labios. En este instante INÉS, como herida de otra idea, le detiene asiéndole el brazo.)

INÉS

¿Qué hacemos?
No... detente.

FLORENCIO

¿Te acobardas?

INÉS

¿Yo acobardarme...? Jamás;
no es el temor de la muerte
es el temor de perderte.

FLORENCIO

¡Ah! Siempre me perderás,
que así lo manda la suerte.

INÉS

En este mundo de horror;
mas reunirnos debemos
en otro mundo mejor,
y amarnos allí podremos
con puro y eterno amor.
Esta halagüeña esperanza

me da en mis males aliento;
pero ¡ay!, el celeste asiento
sólo la virtud le alcanza,
y es criminal nuestro intento.
Suframos, mi bien, suframos:
¿qué importa un hora sufrir
si siempre puros quedamos,
y así felices logramos
al trono de Dios subir?
¿Temes falte resistencia
a esta mujer a quien amas?
No, que al sufrir mi sentencia,
me verás en tu presencia
sonreír entre las llamas.
Fija los ojos en mí;
que sin dejar de mirarte,
tú me escucharás allí
con firme voz darte el sí
que en el altar debí darte.
De los hombres a despecho,
templo la hoguera será,
o de rosas blando lecho,
donde al fin en lazo estrecho
nuestra unión se cumplirá;
y en vez de que al expirar
nuestros amores se acaben,
se verán acrecentar
de cuanto los cielos saben
más que los hombres amar.

FLORENCIO

¡Oh Dios...! ¿Y es una mujer
quien con tal valor se explica?
No, no; que en ti pienso ver
un ángel que purifica
con su hablar todo mi ser.
Al escucharte ya siento
centuplicado mi aliento;
vengan los suplicios, pues,
que para mí no hay tormento
si me hallo a tu lado, Inés.
Este veneno aliviara
nuestro sufrir, es verdad;
mas por siempre nos separa,
y el suplicio nos prepara
de unión una eternidad.

Pues bien, no lo necesito;
ya mi mano lo arrojó: (Arroja el anillo.)
dígase que nos mató
de los hombres el delito,
mas nuestro delito no.

INÉS

Ahora, Florencio, eres mío
por siempre, por siempre, sí.
¿No te sientes otro, di?
¿No te parece tardío
el suplicio como a mí?
¡Y pensaban separarnos
los viles! ¡Qué necios son!
Con su dañada intención
logran sólo prepararnos
más firme y eterna unión.

(Sale el CARCELERO.)

CARCELERO

Amiguito, luego, luego
a vuestro encierro venid.

FLORENCIO

Un instante más os ruego.

CARCELERO

No puede ser, que en Madrid
de sedición arde el fuego.

FLORENCIO

¿Qué decís?

CARCELERO

Una asonada
ha estallado de repente.
A voces pide la gente
ver la cabeza cortada
de Oropesa el presidente.
Alborotados están
los chulos porque hace días
que en la corte falta el pan.

FLORENCIO

Del francés más bien serán

traiciones y villanías.

CARCELERO

Yo no lo sé, ni me importa.
Basta de conversación.

INÉS

¡Bastar, y ha sido tan corta!

CARCELERO

Pues me gusta la aprensión.
¿Quién vuestra charla soporta?
Nunca se cansan de hablar
los maldecidos amantes.

FLORENCIO

Aguardad pocos instantes.

CARCELERO

Ni un minuto: ya marchar
os debéis antes con antes.
¿Me queréis comprometer?

FLORENCIO

Eso no.

CARCELERO

Pues bien, venid.

INÉS

Otra vez nos permitid
que nos volvamos a ver.

CARCELERO

Bueno... sí... pero salid
ahora.

FLORENCIO

No puede ser.

CARCELERO

¡Qué pesadez...! Ea, vamos. (Se lo lleva.)

INÉS

¡Dueño mío! (Corriendo hacia él.)

CARCELERO
¡También vos!

FLORENCIO
Abrázame. (A INÉS.)

CARCELERO
¡Voto a bríos!

INÉS
¡Ah! ¡Mi bien!

CARCELERO
Buenos estamos.
Venid pues.

(Se pone entre los dos, y los separa.)

INÉS
A Dios.

FLORENCIO
A Dios.

Escena VI

La escena cambia a la vista y representa una plaza. En el foro está el palacio del CONDE DE OROPESA. A los lados se ven el despacho de un TAHONERO, la tienda de un ARMERO y una taberna. Multitud de gentes están amontonadas delante de la tahona esperando su turno para alcanzar pan; grande agitación entre ellas, con muestras de impaciencia y de cólera, unas a otras se procuran quitar el puesto, empujándose y gritando.

HOMBRES y MUJERES del pueblo, el TREMENDO, dos AGENTES del motín, un CRIADO del CONDE DE OROPESA, un TAHONERO, un ARMERO, un TABERNERO, MUCHACHOS, un ALGUACIL.

Todos estos personajes salen y entran conforme lo va marcando el diálogo.

HOMBRE °
Venga una hogaza.

MUJER ^a
Dos panes.

HOMBRE °
Despache usted.

TAHONERO
Yo no puedo
dar a todos a la vez.

HOMBRE °
Hace tres horas que espero.

MUJER ^a
Yo más de cinco.

TAHONERO
Tomad.
(Da a los dos primeros.)

HOMBRE °
A mí.

MUJER ^a
A mí.

TAHONERO
Cachaza.

HOMBRE °
Quedo.

(Los dos que han tomado pan hacen esfuerzos para salir.)

No hay que empujar.

HOMBRE °
Atrás.

(Quiere pasar por entre los que están delante.)

MUJER ^a
¡Bruto!
Me ha dado un golpe en el pecho.

VARIOS
¡Fuera! ¡Fuera!

(Se arremolinan todos, y echan fuera del corro al HOMBRE °. Sale un MUCHACHO con pan de entre la gente.)

MUCHACHO °
Ya pesqué.

HOMBRE °
¿Tú...? Dámelo.

MUCHACHO °
¡Pues...! No quiero.

HOMBRE °
Lo has robado.

MUCHACHO °
¿Yo?

HOMBRE °
Tunante.
(Le quiere quitar el pan.)

MUCHACHO °
¡Favor! ¡Favor!

HOMBRE °
Cepos quedos,
tío Remellado. (Se pone entre los dos.)

HOMBRE °
Si es que...

HOMBRE °
¡Eh...! Deje a ese chico quieto.
(Le da un empujón que le hace casi caer.)

HOMBRE °
¡Haya bárbaro!

HOMBRE °
Aquí nadie
es más que nadie... A su puesto;
y a quien se la diere Dios,
bendígasela San Pedro.

(Salen los dos AGENTES del motín, y se quedan a un lado hablando, mientras los del pueblo siguen empujándose unos a otros delante de la tahona.)

AGENTE °

Mirad otro corro aquí.

AGENTE °

Esto va tomando cuerpo.

AGENTE °

La mina reventará.

AGENTE °

No hay más que aplicar el fuego.

AGENTE °

Al fin se saldrá el francés
con la suya.

AGENTE °

Así lo creo.

AGENTE °

Quedad vos en este sitio:
yo hago falta en otro.

AGENTE °

Bueno.

¿El santo?

AGENTE °

Borbón y España.

AGENTE °

¿La reunión?

AGENTE °

Los consejos.

AGENTE °

¿El grito?

AGENTE °

Muera Oropesa.

AGENTE °

Y ¿viva el rey?

AGENTE °
Por supuesto.

(Vase el AGENTE °.)

TAHONERO
Ya no hay más.

VARIOS
¡Cómo...! ¿Y nosotros?

TAHONERO
Mañana.

TODOS
¡Mañana! ¡Perro!

(El TAHONERO cierra la ventanilla.)

HOMBRE °
Y ¡ha cerrado!

VARIOS
Apedrearle
la casa.

TODOS
Sí.

HOMBRE °
Allá va eso. (Tira una piedra.)

VARIOS
¡Pícaro...! ¡Ladrón...! ¡Judío!

(Tirando piedras a la casa.)

MUCHACHO °
Rompile un vidrio.

MUJER ^a
Bien hecho.

HOMBRE °

Será preciso colgarle
del balcón.

MUJER ^a
Para escarmiento
de sus iguales.

TODOS
Sí, vamos.

(Se abalanzan a la puerta. Sale un ALGUACIL, y se coloca entre ellos, deteniéndolos.)

ALGUACIL
¡Hola! ¿Qué gritos son éstos?
¡A la cárcel! ¡A la cárcel!

MUJER ^a
Fuera de aquí el estafermo.

ALGUACIL
¡Yo estafermo...! A la galera.

MUJER ^a
¿A quién? ¿A mí...? Ya lo veo.

ALGUACIL
Yo haré...

VARIOS
¡Matarle!

OTROS
¡Matarle!

ALGUACIL
¡Favor al rey! (Echa a correr.)

AGENTE ^a
Deteneos.
No un despreciable alguacil,
no un mísero tahonero,
de nuestro justo furor
hoy deben ser el objeto.
Los que cansan nuestros males,
esos castigar debemos;
los viles cuya codicia

con la miseria del pueblo
trafica, y llenan sus cofres
quitándonos el sustento;
los que engañando al monarca...

TODOS

Tiene razón: esos, esos.

AGENTE °

Diez años ha que Oropesa
abusa del sufrimiento
de esta nación: ¿hasta cuándo
nos ha de tener opresos?

VARIOS

¡Que muera Oropesa!

TODOS

¡Muera!

VARIOS

Es preciso le arrastremos.

TODOS

A su casa.

AGENTE °

Vedla allí.

HOMBRE °

¡Qué palacio tan soberbio!

HOMBRE °

Es el sudor de los pobres.

VARIOS

¡A asaltarla!

OTROS

¡A darle fuego!

VOCES DENTRO

¡Muera Oropesa!

VARIOS

¿Qué voces...?

VOCES DENTRO

¡Muera! ¡Muera!

HOMBRE °

Es el Tremendo
que viene aquí con la gente
de los barrios.

HOMBRE °

Buen refuerzo.
Ya tenemos jefe.

TODOS

¡Viva!
¡Viva el guapo!

(Sale el TREMENDO con una turba de HOMBRES, MUJERES y MUCHACHOS,
armados de palos, espadas, lanzas, mosquetes, escudos, y toda clase de armas.)

TREMENDO

Compañeros:
ésta es la casa. -Vosotros,
¿por quién estáis?

VARIOS

Somos vuestros.

TREMENDO

Pues ¿qué hacéis ahí sin armas?

HOMBRE °

¿Qué armas...? Si no las tenemos.

TREMENDO

¿Eso, cobardes, decís,
habiendo en Madrid armeros?
Ahí tenéis uno.

HOMBRE °

Es verdad;
no está mal pensado.

VARIOS

Entremos.

TREMENDO

Tomad mosquetes, espadas,
picas, dagas, todo es bueno.
Vosotros, id a encender
unas hachas.

(Entran unos en casa del ARMERO, y otros se van, volviendo luego con hachas encendidas.)

AGENTE °

Tabernero:
una mesa, jarros, vasos,
y vino abundante... Luego.
Tráelo aquí fuera.

TABERNERO

¿Quién paga?

AGENTE °

¿Quién ha de ser? El dinero.

TABERNERO

Y ¿dónde se halla?

AGENTE

Ahí le tienes.

(Le tira un bolsillo. El TABERNERO lo recoge, y mira.)

TABERNERO

¡Cáspita...! ¿Y oro...? Al momento.

TREMENDO

¿Y bien, muchachos?

(Salen armados los que entraron en casa del ARMERO; éste sale también corriendo detrás de ellos.)

VARIOS

Ya estamos.

ARMERO

¡Ladrones...! Dejad.

TREMENDO

¿Qué es eso?

HOMBRE °

Este bribón, que no quiere
dar las armas; si le pego
un...

ARMERO

Me dejan arruinado.

TREMENDO

Buen hombre, las volveremos.

ARMERO

¡Sí, volver!

TREMENDO

Y sobre todo,
es la voluntad del pueblo.

(Mientras se dicen los versos anteriores, el TABERNERO habrá sacado una mesa, y colocado en ella jarras y vasos.)

AGENTE °

Amigos, echad un trago.

TREMENDO

Bien pensado: remojemos
la palabra.

AGENTE °

No hay que andarse
con melindres: vaso lleno,
y hasta verte, Jesús mío.

TREMENDO

A que duerma en los infiernos
esta noche el Oropesa.

VARIOS

Eso sí; que duerma en ellos. (Beben todos.)

TREMENDO

Muchachos, ea, al avío.
Vamos.

AGENTE °

A la casa.

TODOS
Entremos.

HOMBRE °
Han atrancado la puerta.

VARIOS
Abajo con ella.

TREMENDO
Quedos.
Nadie me quite la gloria
de dar el golpe primero.
Allá va... Mucho resiste.

(Con el hacha que tiene en la mano da varios golpes.)

HOMBRE °
¡Eh! Cuidado, que han abierto
los balcones.

(Se abre un balcón, y el CRIADO del CONDE sale con una escopeta.)

CRIADO
Al más guapo.
A ti, Tremendo, este obsequio. (Dispara.)

TREMENDO
Apunta otra vez mejor.

UN VIEJO
¡Ay! (Cae herido.)

TREMENDO
¿Qué ha sucedido?

HOMBRE °
El tío Crespo.

HOMBRE °
Le ha muerto.

MUJER ^a
Y ¡deja seis hijos!

VARIOS
¡Venganza!

OTROS
¡Venganza!

TODOS
A ellos.

(Se abalanzan todos a la puerta, y la echan abajo a golpes de hacha.)

HOMBRE °
Ya cayó.

HOMBRE °
Adentro.

TREMENDO
Aguárdaos.
Antes de entrar os advierto
no hay que robar ni tan sólo
una hilacha... Todo al fuego.

TODOS
Sí... todo.

TREMENDO
Si pillo a alguno
en un renuncio, los sesos
le he de aplastar con esta hacha.
¿Lo entendéis?

TODOS
Sí.
TREMENDO
Pues entremos.

(Entran la mayor parte en la casa. Arrojan trastos por los balcones, y prenden fuego al edificio, que arde por dentro. Otros se quedan en la escena, y el HOMBRE ° los va llamando y reuniendo para formar corro en el proscenio. Habrá empezado a anochecer durante los versos anteriores, y ya estará el teatro casi a oscuras.)

HOMBRE °
Oye... tú... y tú... venid.

HOMBRE °

¿Qué quieres?

HOMBRE °

Tengo un proyecto.

HOMBRE °

¿Cuál es?

HOMBRE °

Llegad... A nosotros
¿qué nos importa todo esto?
Que mande Oropesa o no,
siempre lo mismo estaremos.

MUJER ^a

Es verdad.

HOMBRE °

Pero con todo,
se puede a río revuelto...

HOMBRE °

A eso vamos... ¿Tú no tienes
a tu padre en un encierro
de la inquisición?

HOMBRE °

Sí.

MUJER ^a

Y yo
también a mi madre tengo.

HOMBRE °

Y yo un hermano.

MUJER ^a

Y yo un hijo.

HOMBRE °

¿Queréis por ventura verlos
achicharrados?

VARIOS

No... no.

HOMBRE °

Saquemos algún provecho
de este motín... Ya es de noche;
algunos más de los nuestros
podemos juntar, y todos,
así como asaltan éstos
el palacio de Oropesa,
la inquisición asaltemos.

VARIOS

Sí... sí... vamos.

HOMBRE °

A la obra.

HOMBRE °

Venid: no hay que perder tiempo.

(Se van, y salen los que habían entrado en la casa.)

TREMENDO

El bribón logró escaparse.

HOMBRE °

No importa, le alcanzaremos.

AGENTE

Vamos ahora a palacio.

TREMENDO

A palacio.

HOMBRE °

¿Con qué objeto?

AGENTE

A pedir que expida el rey

de su prisión el decreto.

(Salen otros de la casa, sacando preso al CRIADO del CONDE que disparó el tiro.)

HOMBRE °

Aquí está.

TREMENDO

¿Quién? ¿Oropesa?

HOMBRE °

No, el del tiro; el que al tío Crespo
ha matado.

VOCES

¡Muera! ¡Muera!

TREMENDO

No, no... A juzgarle primero.
¿Quién eres?

CRIADO

Soy un criado
del conde.

TREMENDO

¿No has hecho fuego
contra nosotros?

CRIADO

Sí, hice.

TREMENDO

¿Por qué?

CRIADO

Para defenderlo.

TREMENDO

Y ¿por qué le defendías?

CRIADO

¿Yo...? Por agradecimiento.

TREMENDO

¿Dónde está el conde?

CRIADO

Ya huyó.

TREMENDO

¿Por qué sitio? Dilo luego.

CRIADO

¿Tengo facha de traidor?

TREMENDO

¿Le seguías?

CRIADO

Pude hacerlo;
pero no quise.

TREMENDO

¿A qué fin?

CRIADO

Con el fin de deteneros.

TREMENDO

¿Luego te entregas por él?

CRIADO

Cumplo así con lo que debo.

TREMENDO

Bien... Escucha tu sentencia.

CRIADO

Ya la escucho.

TREMENDO

Estás absuelto.

VARIOS

¿Cómo?

TREMENDO

Es leal, es honrado:
yo a tales hombres aprecio.

HOMBRE °

Sí... pero...

TREMENDO

Lo dicho, dicho:
nadie replique.

(Sale otro HOMBRE de la casa del CONDE con un bolsillo en la mano.)

HOMBRE °
Tremendo,
este bolsillo he encontrado.

TREMENDO
¿Qué tiene?

HOMBRE °
De oro está lleno.

TREMENDO
Quédate con la mitad;
la otra mitad al arnero:
así quedará pagado
del daño que le hemos hecho.

VOCES
¡Viva el Tremendo!

HOMBRE ° Y °
¡Que viva!
Que es valiente y justiciero.

TREMENDO
Ahora a palacio.

TODOS
A palacio.

TREMENDO
Ea, muchachos, marchemos.

(Se van por un lado, y salen por el otro los que fueron a asaltar la inquisición.)

HOMBRE °
¡Victoria, amigos, victoria!
Bien logramos nuestro intento.

HOMBRE °
Ardiendo la negra está.

HOMBRE °
Y ya escaparon los presos.

HOMBRE °
Corramos, que nos persiguen

los soldados.

HOMBRE °

No haya miedo:
son pocos; que aún no han podido
llegar a Madrid los tercios
que se esperan.

HOMBRE °

Sin embargo,
huir será lo más cierto.

(Vanse corriendo.)

Escena VII

INÉS, FLORENCIO. Luego un OFICIAL, el CARCELERO, SOLDADOS.

FLORENCIO

Ven, Inés, ven, vida mía.

INÉS

Apenas seguirte puedo.

FLORENCIO

¡Qué inesperado socorro!

INÉS

Sin duda lo mandó el cielo.

FLORENCIO

Querrá salvar tu inocencia.

INÉS

¿Dónde nos ocultaremos
ahora?

FLORENCIO

Dios guiará.

INÉS

Nadie querrá guarecernos.

FLORENCIO

Lo que importa es alejarnos.

INÉS

¡Ah! Que quizá ya no es tiempo:
aquí llegan los soldados.

FLORENCIO

Huyamos.

INÉS

Me falta aliento.

FLORENCIO

¡Mal haya...!

(Salen el CARCELERO, el OFICIAL y SOLDADOS.)

CARCELERO

Venid, venid.

Esos son unos: prendedlos.

FLORENCIO

Primero me mataréis.

OFICIAL

Soldados, a él.

INÉS

¡Florencio!

(FLORENCIO encuentra una espada en el suelo, y se apodera de ella para defenderse
contra los SOLDADOS, que le cercan y le hieren, dejándole tendido en tierra.)

FLORENCIO

Una espada encuentro aquí:
acercaos, ya no os temo.
Inés, junto a mí.

INÉS

¡Dios mío!
¡Piedad! ¡Piedad!

FLORENCIO

¡Ah! Soy muerto.

INÉS

¡Cielos...! Matadme también.

OFICIAL

Atadla: vuelva a su encierro.

INÉS

¡Bien mío...! ¡Y le sobrevivo!

No puedo más... ¡Yo fallezco!

(Cae desmayada en brazos de los SOLDADOS, que se la llevan.)

ACTO V

El teatro representa el Panteón del Escorial; hacia el proscenio habrá una mesita con una lámpara encendida.

Escena I

El PRIOR del Escorial, un MONJE.

El MONJE trae una escribanía. El PRIOR lleva una hacha encendida.

PRIOR

Póngala en esa mesa... Bueno.

(El MONJE coloca la escribanía en la mesa.)

MONJE

¿Falta
alguna cosa más?

PRIOR

No.

MONJE

¡Yo me admiro!
Nunca aquí se ha bajado...

PRIOR

El rey lo manda.

MONJE

¿Para qué?

PRIOR

¿Qué le importa? ¿Es permitido a un fraile ser curioso?

MONJE

Es que...

PRIOR

Silencio.

Ya se puede marchar.

(Vase el MONJE.)

Escena II

EL REY, PORTOCARRERO, el PRIOR.

Sale el REY apoyándose en PORTOCARRERO; el PRIOR con el hacha en la mano permanece retirado.

REY

¡Qué horrible sitio!
¡Qué lobreguez...! Aquí ni un solo rayo de esa divina luz que con su brillo alegra al mundo y al mortal conduce, consigue penetrar... Es su destino eterna obscuridad, silencio eterno... Para abrir esas puertas es preciso que lloren los monarcas, que se cubra de luto el trono... ¡Qué pavor, Dios mío!

PORTOCARRERO

¿No lo dije, señor...? Estos sepulcros ¡ah!, ¿por qué visitar habéis querido?

REY

Callad... lo prometí.
¿Cómo?

REY

Es un voto,

un voto, cardenal..., fuerza es cumplirlo.
El cielo mismo me lo ordena.

PORTOCARRERO

Entonces...

REY

Mas esas rejas que al entrar he visto,
que insoportable fetidez exhalan,
¿dó conducen, decid?

PORTOCARRERO

Es el recinto
do yacen de los reyes los despojos
antes de entrar aquí... donde roídos
de gusanos inmundos, sólo salen
cuando a arrojarlos de él vienen sus hijos.

REY

¡Oh Dios...! ¿Con que mi padre...?

PORTOCARRERO

Allí reposa.

REY

¡Fatal compensación...! Si un trono mismo
de asiento nos sirvió, también de pasto
a los mismos insectos les servimos.

(Va y se arrodilla delante de la puerta.)

Tú que en tierna niñez, por mi desgracia,
tu poder me dejaste, padre mío,
pues nunca derramar pude en tu seno
el dulce llanto de filial cariño,
hora permite que en tu losa vierta
lágrimas de dolor... ¡Ah! Yo confío
que en breve, en breve, de esa estancia horrible
te venga a libertar, y que mis fríos
restos recojan esa herencia nueva
de hedor y podredumbre.

PORTOCARRERO

¿Qué habéis dicho?

Señor, ¿en qué pensáis...? Alzad... Salgamos...

REY

¡Salir! ¿Has olvidado a qué he venido?
(Levántase.)

Avancemos, en fin... Salud, morada
de la muerte, salud... Paz os envío,
ilustres ascendientes que otro tiempo
temiera el universo estremecido,
y hora en polvo trocados, bien pudiera
el soplo dispersar de esclavo indigno...
En vano aquí con orgullosa pompa
vuestra nada encubríis; igual destino
que al vasallo más vil al fin os cupo,
y con un peso igual estáis medidos...
Mas al menos de un bien que allá en el mundo
no tuvisteis, gozáis... la paz... Yo envidio
ese preciado bien, y sólo espero
con vosotros hallarlo en este sitio.

PORTOCARRERO

¡Ah! Señor, esas lúgubres ideas
funestas pueden ser... ¿A qué afligiros...?

REY

Y ¡qué me importa...! ¡Si es un bien la muerte;
si para padecer tan sólo existo;
si tendré por feliz aquel instante
que del peso me libre con que gimo!
Mi funesto vivir ¿para qué sirve?
El universo ya, mis pueblos mismos
sólo me piden que ese pliego firme;
y gozosos después verán que expiro.
(Señalando un pliego arrollado que lleva el
CARDENAL en la mano.)

PORTOCARRERO

Firmadlo, sí, señor; pero no sea
con tan triste esperanza... Antes mil siglos
todavía vivid para consuelo
de este pueblo leal... Sólo el alivio,
el descargo buscad de la conciencia,
nombrando al sucesor que ha de regirnos
cuando de vos el cielo disponiendo
os quiera abrir las puertas del empíreo.

REY

Está bien, cardenal... En esa mesa

el acta colocad.

(PORTOCARRERO coloca el pliego sobre la mesa. Entre tanto el REY va al altar, se arrodilla y está orando un rato; después se levanta, se dirige a la mesa y toma una pluma para firmar, pero al ir a hacerlo se detiene arrepentido, y arroja la pluma.)

REY

¡Cielos divinos!

¿Qué es lo que voy a hacer...? No... no lo puedo:
es superior a mí tal sacrificio.

PORTOCARRERO

¡Superior! ¿Qué decís...? En un monarca
¡tanta debilidad...! Cuando es preciso
de su pueblo en favor un noble esfuerzo,
¿puede nunca dudar en consentirlo?

REY

¿Queréis que a mi familia desherede?
¿Por quién...? ¡Por un extraño, un enemigo!

PORTOCARRERO

¡Ah! No es el corazón en tales casos
quien se debe escuchar... Prestad oídos
tan sólo a la razón... Ése es el voto
de los pueblos, señor, del Papa mismo.
Cuando un santo deber todos prescriben,
¿vos el solo seréis a resistirlo?
¿Pondréis en la balanza una familia
con un pueblo...? Jamás... ¡Atroz delito!

REY

¿Qué es lo que osas decir...? ¿Dó estás hablando
por ventura olvidaste, fementido?
¿Sabes tú quién te escucha...? Tiende, tiende
la vista en derredor de este recinto:
tus reyes son a quien agravias... Tiembla
que se alcen de la tumba enfurecidos,
y en su justa venganza, desdichado,
lancen sobre tu frente el exterminio.

PORTOCARRERO

Sobre mi frente no... sobre la vuestra...
pues el justo mandato osáis, impío,
del cielo resistir... pues de una raza
hoy preferís el interés mezquino

al de la eternidad... Decid: ¿qué cuenta daréis, débil monarca, al juez divino cuando sin cetro, sin poder, os llame ante su tribunal, cuando en castigo de tanta obstinación lance sus rayos, y os sepulte su fallo en el abismo?

REY

No más... no más... ya le obedezco... Dadme una pluma.

PORTOCARRERO

Tened... firmad.

REY

Ya firmo.

(PORTOCARRERO toma una pluma y se la da al REY, el cual firma con la mayor precipitación. Después de hacerlo, suelta la pluma horrorizado, retrocede con espanto, y se oculta el rostro con las manos. PORTOCARRERO recoge el pliego.)

REY

¡Ah...! Pues no os conmovéis en vuestras tumbas, señal, oh reyes, que lo habéis querido.

PORTOCARRERO

Sí, lo quieren, señor... ¿Qué otro deseo han tenido jamás, que otro designio, sino la dicha, el esplendor, la gloria del magnánimo pueblo que han regido?

(Abrazando al REY, que deja caer su cabeza sobre el pecho del CARDENAL.)

REY

En fin... hecho está ya... Los reinos todos son de Dios: a él le toca repartirlos.
Rey fui... y hora ¿qué soy...? Nada... Salgamos, salgamos pronto de este horrible sitio...
Su hedor, su lobreguez, todo me espanta...
y ¡oh!, ¡cuán helado está...! ¡Cielos..! ¡Qué frío!

PORTOCARRERO

Sí, salgamos, señor... ¿a qué aguardamos?
¡Jamás a él hubierais descendido!

REY

Tarde o temprano descender es fuerza...
y habitarlo por siempre es mi destino.
(Como animado de una nueva idea.)
Aguardad... aguardad.

(Se dirige hacia el PRIOR, y le arranca el hacha de las manos.)

Vos, padre, dadme
esa luz.

PORTOCARRERO

¿Qué intentáis...? ¡Oh qué delirio!

(El REY con el hacha en la mano recorre precipitadamente todo el panteón, mirando las armas.)

REY

¿Qué es esto...? ¡Oh Dios...! Entre sepulcros tantos
¡ni uno solo hallaré que esté vacío!

PORTOCARRERO

¡Oh! ¡Cuál os engañáis...! Para llenarlos
¡cuántas generaciones, cuántos siglos
aún habrán de pasar! Y sobre España
¡cuán contrarios y míseros destinos!

(El REY se para ante una urna abierta que estará junto al proscenio, y la mira con ansia.)

REY

¡Ay! ¡Uno encuentro aquí...! Padre, acercaos;
mirad este sepulcro... éste es el mío.
Aquí por fin de mis eternos males,
aquí sólo encontrar podré el alivio...
Mira, mira, infeliz... Tus reinos todos
quedarán a ese espacio reducidos...
Es tu eterna mansión... gózate en verla...
Padre, no lo olvidéis... Ésa, lo he dicho,
mi tumba habrá de ser... nadie se atreva
a quitármela, no. -Mirad... ya escribo
mi nombre en ella.

(Saca la daga, y con la punta graba su nombre en el tarjetón de bronce que está sobre la urna.)

Bien... A Dios ahora...

Mas pronto volveré... Venid.

PORTOCARRERO

Ya os sigo.

(Vanse precipitadamente.)

Escena III

El teatro cambia y representa un salón regio. Puerta al foro; otra puerta a un lado, y en el opuesto grandes ventanas o balcones.

FROILÁN. Sale azorado, y va a mirar con ansia por un balcón.

¿Llega ya...? No... todavía
está lejos... ¡Ah! ¡Qué angustia
Con más valor me creí...
Y ¿ahora, bárbaro, dudas?
¿No lo quisiste...? Tú mismo
¿no has labrado por ventura
con arte infernal la trama
que en la hoguera la sepulta?
¿No buscaste la venganza?
¿Por qué al hallarla te asustas?
¡Ah..! Las venganzas de amor
cuando están lejanas gustan,
mas en horribles tormentos
cuando ya llegan se mudan.
¡Cuánto sufro...! Si pudiera...
No es tiempo ya... La fortuna
en justo castigo quiere,
que tus maldades se cumplan.
Con todo... sí... sólo un medio...
oh cielo, si tú me ayudas...
Por aquí debe pasar...
Los monjes que la circundan,
los guardias de este palacio,
todos sumisos escuchan
mis mandatos... Si al llegar
rompiesen sus ligaduras...
si hasta aquí la persuadiesen
que a implorar su gracia suba...
El rey me consultará,
y entonces... Pero ¿qué buscas?

¿Te odiará menos...? No... no...
Muera, pues... ¡Fatal locura!
Viva... mas lejos de mí,
lejos de estos sitios huya:
no viéndola, al fin podré
recuperar mi ventura...
Pues ya murió mi rival,
encerrados en su tumba
queden con él mis rencores,
con él mis iras concluyan.

Escena IV

FROILÁN, PORTOCARRERO. Luego el REY.

PORTOCARRERO
Padre Díaz...

FROILÁN
Perdonad.

(Vase sin atenderle.)

PORTOCARRERO
El rey está... No me escucha.

(Sale el REY despacio y doliente, y se sienta.)

REY
Cardenal, ¿mandasteis ya
a Ubilla mi testamento?

PORTOCARRERO
Entreguésele al momento.
Cerrado y sellado está,
y se archivará después.

REY
Ya estarán contentos, creo.

PORTOCARRERO
Propicio el común deseo
es al príncipe francés.

REY

¡Válgate Dios por la Francia!
Todos dan por tal manía.

PORTOCARRERO

Es que otra cosa sería
o vil traición o ignorancia.

REY

¡Y mi familia, señor!

PORTOCARRERO

Muy poco, en verdad, se daña
quien no siendo rey de España,
puede ser emperador.

REY

Acepte Dios esta ofrenda,
y en su seno me reciba,
ya que debo mientras viva
hollar del dolor la senda.
Sólo un consuelo tenía
en medio de tanto mal,
y es que mi pueblo leal
como a padre me quería;
mas un instante ha bastado
a disipar la ilusión
cuando horrible sedición
alzar la cabeza ha osado.
Ajada la majestad,
¿ya para qué vivir quiero?
Sólo con la muerte espero
huir de la iniquidad.

(Se oye el ruido de los tambores, que tocan una marcha fúnebre para acompañar los reos al suplicio. Este ruido, débil al principio, se aumentará por grados, dando a conocer que se aproxima hasta llegar enfrente del palacio.)

PORTOCARRERO

Oíd, señor, se aproxima
el séquito funeral.

REY

Ese sonido fatal
el corazón me lastima.

PORTOCARRERO
Es forzoso sacrificio.

REY
¡Tantas víctimas!

PORTOCARRERO
El cielo
aplaude este santo celo.

REY
Sea para su servicio.
Con todo, hay una, confieso,
que me es sensible.

PORTOCARRERO
¿Cuál es?

REY
Aquella joven Inés...
Siento aquí no sé qué peso...
¿Y su novio...? Oí contar
que en la asonada murió.

PORTOCARRERO
Ni aun su cadáver se halló:
su efigie van a quemar.

REY
Extraño ha sido por cierto.
¿Quién le pudo recoger?

PORTOCARRERO
No estoy lejos de creer
que tal vez no quedó muerto.

Escena V

Dichos, el CAPITÁN de los SOLDADOS de la fe, un OFICIAL de la guardia,
SOLDADOS de la fe.

OFICIAL
Los soldados de la fe.

REY

Que entren.

(Salen los SOLDADOS de la fe con el mosquete a la espalda, y llevando largas picas, de cada una de las cuales pende un haz de leña. El CAPITÁN va a su frente, y lleva otra haz colocado sobre una rodela, el cual presenta al REY acercándose a él y arrodillándose.)

CAPITÁN

Señor, os presento
el haz que arrojar debéis
en el sagrado brasero.
¡Plegue a Dios que acrisolada
la religión con su fuego,
quede limpia de herejía
la fe de nuestros abuelos.

REY

Así lo espero; y pues yo
acompañaros no puedo,
llevadlo vos en mi nombre,
para arrojarlo el primero.
Quédese entre tanto ahí,
que por él volveréis luego.

(El CAPITÁN coloca el escudo y el haz sobre una mesa, y se retira con los suyos.)

PORTOCARRERO

En eso imitáis, señor,
al gran Fernando el tercero.

REY

Así pudiera seguir
en otras cosas su ejemplo.

PORTOCARRERO

Por delante del balcón
ya pasa el séquito, creo.

REY

Iremos a ver...

(Se levanta el REY para ir al balcón, y estando ya cerca se oyen voces y paran los tambores.)

VOCES

Tened,

tened.

REY

¿Qué voces...? ¿Qué es eso?

PORTOCARRERO

Los reos están parados,
(Mirando por el balcón.)
y la gente corre.

REY

¡Cielos
¡Otro motín!

PORTOCARRERO

A las puertas
de palacio van viniendo.

REY

¡Guardias! (Con sumo terror.)

Escena VI

Dichos, el OFICIAL de la guardia.

OFICIAL

Señor, una joven
que al suplicio entre los reos
iba marchando, al llegar
cerca de este alcázar regio
rompiendo sus ataduras,
y atravesando el inmenso
concurso, se ha refugiado
en palacio.

REY

¡Cómo! ¿Dentro?
Y ¿no han podido impedirlo?

OFICIAL

Pasmábanse todos viendo
su juventud, su hermosura.
Ahí está, que intenta veros.

INÉS

Dejadme, dejadme entrar. (Dentro.)

REY

¡Es ella...! ¡Oh Dios...! No... no quiero...

Escena VII

Dichos, INÉS, CORTESANOS, CRIADOS, GUARDIAS.

Sale INÉS vestida de blanco, con el sambenito y el cabello suelto. Síguenla algunas gentes de palacio y GUARDIAS. Se arroja a los pies del REY.

INÉS

Señor... ¡piedad, compasión!

REY

¿Qué es esto...? Aparta, mujer.

INÉS

De aquí no me he de mover
hasta alcanzar mi perdón.

REY

¡Yo perdonarte, hechicera!

INÉS

¡Hechicera!

REY

No me toques,
ni mi compasión invoques
ve, ve a morir en la hoguera.

INÉS

¿Dónde está vuestra bondad?

REY

¡Mi bondad...! Yo no la tengo
cuando al Dios del cielo vengo.
¡Con los herejes piedad!

INÉS

Acordaos del amor

que un tiempo me habéis tenido.

REY

Cuanto más mi afecto ha sido,
es más grande mi rencor.

INÉS

Soy inocente.

REY

¡Inocente!
Aleve, ¡y me has hechizado!

INÉS

Quien tal crimen me ha imputado,
ése, señor, ése miente.

REY

Te ha juzgado un tribunal.

INÉS

Y un tribunal ¿no se engaña?

REY

Lo respeta toda España.

INÉS

Aun así sentenció mal.

REY

¡Blasfema!

INÉS

Lo digo, sí. (Alzándose.)
¿Qué me importa su sentencia,
cuando yo de mi inocencia
un testigo tengo aquí?
¿He de pensar por ventura
que condena con razón,
si me dice el corazón
que es el alma toda pura?
¡Dios mío! Tú que la ves,
y sabes que no te engaño,
¿por qué consientes mi daño?
¡Piedad de la triste Inés!

REY

¿Osas al cielo invocar,
al cielo, a quien desconoces?
No, las penas más atroces
no te pueden castigar.
Sacadla de aquí, sacadla.

INÉS

¡Vedme a vuestros pies, señor!

REY

Aparta.

INÉS

¡Fiero rigor!

REY

¡No lo he dicho ya...! Llevadla.

(Los SOLDADOS se abalanzan para cogerla; ella se levanta y se aproxima al REY, cruzando las manos en ademán de súplica, y colocándolas muy cerca de sus ojos. El REY al querer apartarlas repara en una sortija que lleva INÉS.)

INÉS

¡Piedad!

REY

Aparta... ¿Qué miro?
Ven... a ver...

INÉS

¿Qué?

REY

¡Cielo santo!
Esta sortija... sí... cuánto
se le parece... ¿deliro?

INÉS

¿La sortija?

REY

¿Dó la hubiste?

INÉS

Fue de mi madre, señor.

REY

¡Tu madre...! El nombre.

INÉS

Leonor.

REY

¡Leonor...! ¿Qué he escuchado...? ¡Ay triste!

¿Si será...? Salid de aquí;

dejadnos solos.

(Todos se marchan, quedando solos el REY e INÉS.)

INÉS

¿Qué hacéis?

REY

Deseos, no me engañéis.

¿Tienes otra prenda, di,
que te dejara tu madre?

(INÉS saca un medallón de oro que lleva al pecho, y se lo enseña.)

INÉS

Su retrato.

REY

¡Es ella! ¡Oh Dios!

¡Hija de mi vida!

INÉS

¿Vos?

REY

Sí, ven, abraza a tu padre.

INÉS

¡Mi padre!

REY

Tu padre soy...

No, no te engaño, hija mía:

lo soy, lo soy... ¡Qué alegría!

¡Ah! De gozo loco estoy.

INÉS

¡Cómo...! Señor... ¿Es verdad?

REY

Esas prendas mías son:
sí, prendas de la pasión
que me inspiró su beldad.

INÉS

¡Vos mi padre...! ¡Vos...! Decidlo
otra vez... ¿He de creer...?
¿Me engañáis...? No puede ser.
Por Dios, por Dios, repetidlo.

REY

Otra vez, mil lo diré.
¡Hija mía!

INÉS

¡Padre!

REY

¡Oh cielo!
¡Qué dulce voz! ¡Qué consuelo
al escucharla encontré!
¿Con que al fin te pude hallar,
objeto de mi deseo?
Te abrazo, y apenas creo
de tanta dicha gozar.
Ven, ven... deja que te vea,
que te mire bien, Inés.
¡Dios mío! ¡Qué hermosa...! Es
un cielo... ¡bendita sea!

INÉS

¡Por fin a besar me atrevo
esas manos paternas!
Bendigo todos mis males,
pues tanta dicha les debo.
Dejad, dejad que las bese,
que las riegue con mi llanto,
que goce de placer tanto,
y de besarlas no cese.

REY

¿Lloras...? Yo lloro también...
de dicha... no de pesar:
jamás creí que el llorar
nos causara tanto bien.
Desde hoy, cambiará mi suerte,
pues a mi lado estarás;
tú la vida me darás
a las puertas de la muerte.

INÉS

¡Ah...! Vivid, vivid, señor;
todos lo piden ansiosos;
vivid para hacer dichosos,
y vivid para mi amor.

REY

¿Me querrás?

INÉS

¿Lo preguntáis?
¿Y vos a mí?

REY

¿Tú, mi vida?
Si te he llorado perdida,
¿no he de amarte?

INÉS

¿Os acordáis
de mi madre?

REY

Miro en ti
retratada su figura:
sus ojos son, su hermosura...
Injusto con ella fui;
mas ya con bienes sin cuento
mi crimen espiaré:
lo que a la madre injurié
pagar a la hija intento.
Sí, tú serás mi delicia,
mi único bien, mi consuelo;
así me perdone el cielo
mi abandono, mi injusticia.
Habla... ¿qué quieres...? Advierte
que soy padre, y que también

ciñe corona mi sien:
¿qué no haré por complacerte?

INÉS

Amaros, señor, es ley;
no digáis eso, por Dios;
sólo el padre he visto en vos,
sin acordarme del rey.

REY

¡Hija mía...! ¡Qué dulzura
de padre infunde el amor!
No, no hay cariño mayor,
ni hay otra mayor ventura.
¡Oh...! Bien desde que te vi
el corazón lo decía:
no en vano alegre latía
si te acercabas a mí;
y en medio de este despecho
que labra mi triste suerte,
tan sólo para quererte
amor hallaba en mi pecho.

INÉS

Sí, natura al corazón
con voz prepotente hablaba:
en eso mi magia estaba,
ésos mis hechizos son.

REY

¡Tus hechizos...! ¡Infelice!
¿Qué me has hecho recordar?
¡Qué horror...! ¡Y pude olvidar...!
¡Suerte, mi voz te maldice!

INÉS

¡Ah...! ¡Santo Dios...! ¿Qué he escuchado?
¿En mí delito tan feo
creeréis aún?

REY

¡Nada creo,
sino que soy desdichado!

INÉS

¡Dios mío...! ¿Ni aún he de ser

para mi padre inocente?

REY

Un tribunal inclemente
te condena a perecer.

INÉS

¿Y qué importa...? ¿No sois rey?
¿Quién vuestro poder contrasta?

REY

¡Ah! Que mi poder no basta
ante su inflexible ley.
¿Ignoras que no hay perdón
cuando lanza su anatema?
¿Ignoras que aun mi diadema
la humilla la inquisición?
¡Lo sabes, y no te espantas,
que yo, al oír su sentencia,
mudo quedo en su presencia,
y tiemblo, caigo a sus plantas?

INÉS

¡Infeliz...! Lo veo ya:
sí, vos mismo a su furor
me entregaréis.

REY

¿Yo...? ¡Qué horror!
No... no... jamás... no será.
Verdugos, idos de aquí;
es mi hija, mi hija querida;
es mi consuelo, mi vida;
matadme primero a mí.

(El REY, creyendo ver a los verdugos de INÉS, se coloca delante de ella para ampararla.
INÉS se arroja en sus brazos.)

INÉS

¡Ah!

REY

Ven a mis brazos, ven
en ellos a refugiarte;
veremos si osan sacarte
los viles de ellos también.

INÉS

No, padre, no... no osarán;
aquí estoy con vos segura;
si es su lealtad firme y pura,

vuestra voz respetarán.

REY

Ya suben... ¿Dónde ocultarte?
En ese cuarto... sí... sí...
Entra, entra luego... Yo aquí
me quedo para ampararte.

(Hace entrar a INÉS en el cuarto lateral, y se dirige luego a la puerta con la mayor inquietud.)

Escena VIII

EL REY, FROILÁN.

REY

¿Sois vos, padre Froilán?

FROILÁN

Señor, ¿es cierto
que esa joven Inés...?

REY

¡Padre, salvadla,
salvadla, por piedad!

FROILÁN

(Aparte con alegría.) ¡Ah! Bien decía
que en volviéndola a ver... -Pensé que estaba
con vos aquí.

REY

Sí, sí... Mas ¡oh ventura!
¿No sabéis...? ¿No sabéis...?

FROILÁN

¿Qué?

REY

Mi hija
amada...

aquella que perdí... por quien continuo
mi rostro en triste llanto se bañaba...

FROILÁN

¿Y bien?

REY

Ya la encontré.

FROILÁN

Pues ¿cómo...?

REY

Es ella,
ella.

FROILÁN

¿Quién?

REY

Esa Inés.

FROILÁN

¡Inés! (Aterrado.)

REY

¿Os pasma
esta nueva, es verdad?

FROILÁN

Creer no puedo...

REY

Sí... sí... no lo dudéis... Yo las alhajas,
yo mismo conocí.

FROILÁN

¿Qué oigo? (Aparte.)

REY

¡Qué dicha!

¿Concebís mi placer cuando estrechada
la tuve aquí contra mi amante pecho?

¡Ah! No mata el placer, pues no me mata.

FROILÁN
¡Hija suya! (Aparte.)

REY
Marchemos...

FROILÁN
¡Hija suya! (Aparte.)

REY
Corramos a salvarla... sí.

FROILÁN
¡Qué rabia! (Aparte.)
Todo lo va a decir... sólo me espera
infamia, deshonor.

REY
Pero ¿qué aguarda?
¿Por qué esa agitación?

FROILÁN
(Aparte.) Ya que es preciso,
cumple al fin tu destino, desdichada.

REY
Padre, ¿no me escucháis?

FROILÁN
¿Qué?

REY
¿No os he dicho
que Inés es hija mía?

FROILÁN
¿Y bien? (Con frialdad.)

REY
¿No basta?

FROILÁN
¡Bastar...! ¿Y para qué?

REY

¡Pasmado quedo!
¿Olvidáis que está a muerte sentenciada?

FROILÁN

Yo... no... no lo olvidé.

REY

¡No lo olvidasteis!
¡Y cual mármol estáis a mis palabras!

FROILÁN

¿Qué es pues lo que queréis?

REY

¡Oh Dios! ¿Qué
quiero?
¡Vos me lo preguntáis...! Quiero salvarla.

FROILÁN

¡Salvarla!

REY

Sí... lo quiero... y vos...

FROILÁN

¿Yo?

REY

¡Ay triste!
¿Qué me anuncian tan lúgubres palabras?
¿Por ventura, crüel, queréis que muera?

FROILÁN

¿Por ventura me es dado libertarla?

REY

¿Qué escucho? ¡Santo Dios! ¿A mí, a su padre,
malvado, eso decís...? ¡Ah!
(Cubriéndose el rostro.)

FROILÁN

¿No bastaba
mi silencio, señor?

REY

¡Dios! ¡Y un apoyo
pensaba hallar en él para ampararla!

FROILÁN

Vos cual padre podéis compadecerla;
pero yo soy su juez.

REY

¿Acaso os manda
ser despiadado ese deber horrible?

FROILÁN

Lo manda; que no es mía la venganza:
es venganza del cielo.

REY

¿Y no perdona
ese cielo, decid?

FROILÁN

Él en su causa,
él allá de piedad sólo usar puede:
quien la ejerce por él, ése le agravia.

REY

¡Desdichado de mí...! No, yo no debo
dejarla perecer... Vos sin entrañas,
sin compasión seréis... mas yo soy padre,
y no me manda Dios asesinarla.
Fulminad la sentencia; los suplicios,
bárbaros, disponed... ¡sentencia vana!
Aquí estoy yo, que defenderla puedo.
¿Olvidasteis quién soy...? Vuestra arrogancia
¿puede a tanto llegar que desconozca
que yo soy vuestro rey, soy quien os manda?
Obedeced, vasallos... Vuestra frente
sumisos inclinad... caed a mis plantas.

FROILÁN

Ante el Dios que los tronos pulveriza,
rey sacrílego, hendid la frente osada.

REY

¡Ah! ¿Qué he dicho? ¡Perdón!

FROILÁN

¿Qué es ante el ciclo,
qué es con su pompa un mísero monarca?
¿Qué es ante los ministros que en la mano
tienen de su poder la ardiente espada?
¿Qué es ante el tribunal, en fin, que ejerce
las justicias del Dios de las venganzas?
Óselos resistir, y roto al punto
será cual rompe el viento débil caña.

REY

¡Ah...! ¡Perdón...! Blasfemé.

FROILÁN

Sí, blasfemaste;
y el celeste furor de ti reclama
inmensa expiación.

REY

Yo no lo puedo,
si víctima ha de ser mi hija adorada.
¿Cuándo el cielo ordenó que al hijo suyo
un padre sin piedad sacrificara?

FROILÁN

¿Cuándo, me preguntáis? ¡Oh, cómo os ciega
la funesta pasión...! ¿No lo mandaba,
cuando fiel a su voz, al hijo amado
el padre de Israel condujo al ara?
Por salvar a su pueblo en el combate,
¿la víctima a Jefté no señalara?
Ambos, sin murmurar, para servirle
su sangre, sangre pura, derramaban...
¡Y vos...! Pero ¿qué más...? Volved la vista,
y ese cuadro mirad... ¿A quién retrata?

(Le enseña el retrato de Felipe II, que estará colgado en una pared del salón.)

REY

¡Oh qué recuerdo atroz...! El gran Felipe...

FROILÁN

El grande, sí... ¿Sabéis por qué le llaman
el grande, lo sabéis...? Un hijo tuvo...

REY

Callad... ¡qué ejemplo!

FROILÁN

No, no vacilaba
cuando preciso fue sobre su cuello
descargar de la ley la justa espada;
y la espada cayó, y en mudo pasmo
vio el tremendo castigo toda España.

REY

Dadme a mí su poder, dadme su gloria,
y entonces imitar podré su saña.

FROILÁN

¡Imitarla, decís...! ¿Son por ventura
las víctimas iguales...? ¿Compararlas,
alma débil, podéis...? Al primogénito,
al sucesor legítimo inmolaba;
y vos ¿a quién...? ¡Oh qué vergüenza...! Sólo
al fruto impuro de pasión nefanda;
hija del crimen que en sus hechos viles
no desmiente el origen que la infama.

REY

Callad, callad, por Dios.

FROILÁN

A vuestros reinos.
presentad esa hija, presentadla.
Decidles: ¿La miráis...? Ésta que ha poco
entre odiados herejes caminaba
a la hoguera fatal; ésta que impura,
lleva en su frente la indeleble mancha
de acusación atroz, ésta, españoles,
el vástago postrero es de mi rama.

REY

Basta, fraile infernal, basta... tu boca
todo el veneno de las furias lanza.
Vete, vete de aquí: si más te escucho,
creo que al mundo entero asesinara.
Mas ¿qué es esto?

Escena IX

Dichos, el INQUISIDOR GENERAL, PORTOCARRERO, ESBIRROS de la inquisición.

INQUISIDOR

Señor, el santo oficio
la fugitiva víctima reclama.

REY

¿Qué decís...? ¡Ay de mí!

INQUISIDOR

¿Dónde se encuentra?
Aquí se ha guarecido, en este alcázar;
y no querréis sin duda que del cielo
burlada quede la justicia santa.

FROILÁN

Os engañáis, señor... El rey lo quiere;
y ya el perdón por su favor alcanza.

INQUISIDOR

¿Qué he escuchado...? ¿Es verdad?

REY

Yo padre...

INQUISIDOR

¡Oh cielos!
¿Quién el poder os dio de perdonarla?

REY

¿Por ventura no puede un soberano...?

INQUISIDOR

Cuando la inquisición sus rayos lanza,
sólo un hereje el golpe inevitable
intenta detener.

REY

¿Yo hereje?

INQUISIDOR

Basta,
basta el amago de tan vil intento
para réprobo ser, para que caiga
el celeste furor sobre el culpable,

y ser lanzado a las eternas llamas.

REY

¡Qué horror...! Piedad, piedad.

INQUISIDOR

¿Pensáis acaso
que aún a vos la corona os amparara?
No, desdichado: por lo mismo, fuera
más segura y terrible la venganza.

REY

Piedad, vuelvo a decir... -¿Qué es eso?

(Se oye dentro y algo lejano rumor confuso de pueblo y voces que gritan: ¡Muera, muera la hechicera! PORTOCARRERO corre a mirar por el balcón.)

PORTOCARRERO

El pueblo,
que impaciente a las puertas se abalanza
de esta regia mansión,

INQUISIDOR

Ya enfurecido
al mirar que la víctima le arrancan,
viene a pedirla y a vengar al cielo.
(Se oyen de nuevo las voces.)

REY

¡Dios! ¿Otra vez mi majestad hollada
por el pueblo será...? ¿Con que es preciso?
¡Rey infeliz...! No puedo... Perdonadla:
postrado aquí vuestra clemencia imploro.

(Se pone de rodillas entre los dos, y con las manos juntas, en ademán de súplica.)

INQUISIDOR

No puede ser,

REY

¡Por Dios!

(Otra vez las voces del pueblo más fuertes.)

FROILÁN

¿Oís cuál claman?

REY

¡Ay de mí, desdichado!

INQUISIDOR

A Dios volvedle
su víctima, señor.

PORTOCARRERO

Ya la tardanza
funesta podrá ser.

Escena X

Dichos. INÉS. SOLDADOS de la fe.

Sale INÉS del cuarto donde estaba oculta.

INÉS

Señor...

INQUISIDOR

¡Es ella!

REY

¡Ah!, ¿por qué te presentas, desdichada?

INÉS

Oí voces... ¿Qué miro? ¡Ay Dios!

(Viendo al INQUISIDOR y a los suyos. -Se oyen otra vez las voces.)

REY

¿Quereisla?

Pues ahí la tenéis: monstruos, llevadla.

(Vase precipitadamente seguido de PORTOCARRERO.)

INÉS

¿Qué es esto...? ¿Me dejáis...?, ¡con ellos!, ¡padre!,
¡padre!

INQUISIDOR

¡Su padre dice!

FROILÁN
¿A qué escucharla?
Delira.

INQUISIDOR
Venid, pues. (A INÉS.)

INÉS
¿Dónde?

INQUISIDOR
Al suplicio.

INÉS
Pues qué, ¡cielos! ¿no estoy ya perdonada?

FROILÁN
¡Perdonada...! Jamás.

INÉS
¡Ah!, pues os veo,
sé que debo perder toda esperanza.

FROILÁN
Llevadla,

INQUISIDOR
¡Hola, soldados!

(Salen los SOLDADOS de la fe, y unidos a los ESBIRROS de la Inquisición, obedeciendo a la voz del INQUISIDOR y de FROILÁN, rodean a INÉS, y quieren llevársela. El CAPITÁN de los soldados de la fe toma el haz de leña que había quedado sobre la mesa, y se coloca con él en medio del teatro.)

INÉS
¡Infelice!
¿Y me abandona así...? ¿Cómo...?

INQUISIDOR
Sacadla.

(Los ESBIRROS quieren llevarse a INÉS, ésta se resiste. Durante toda esta escena se continuarán oyendo las voces del pueblo, más o menos fuertes.)

INÉS

No... dejadme... ¡Señor...!, no.

(En este instante el REY, seguido de PORTOCARRERO y de algunos CRIADOS, vuelve a salir, fuera de sí y con paso vacilante.)

REY

Deteneos:
no puedo consentir...

(Los ESBIRROS que llevaban a INÉS se detienen.)

INÉS

¡Él es!

FROILÁN

¡Oh rabia!
Obedeced.

REY

No... no... yo os lo prohíbo.
Quiero... ¡Cielos!, ¡qué horror!

(Al querer adelantarse se encuentra con el CAPITÁN, y viendo en sus manos el haz de leña, como recordándose el destino que tiene, se estremece, y retrocediendo horrorizado, cae sin sentido en brazos de PORTOCARRERO y de los CRIADOS.)

INÉS

¡Ay!

PORTOCARRERO

¡Oh desgracia!

INÉS

¡Oh funesto desmayo!

FROILÁN

Aprovechemos
este instante... Cuidad vos del monarca.

(A PORTOCARRERO.)

Vos, al suplicio. (A INÉS.)

INÉS

Bárbaros, dejadme
que le abrace siquiera.

(Se escapa de entre los INQUISIDORES, y se abalanza a abrazar al REY.)

FROILÁN

¿En qué se paran?

Llevala luego.

(Se apoderan otra vez de INÉS, la arrancan del lado del REY, y se la llevan arrastrando.)

INÉS

No... no quiero... nunca...

Dejadme... no... no quiero... ¡Dios me valga!

(En este instante FLORENCIO, que se hallaba oculto entre los ESBIRROS y los SOLDADOS de la fe, se muestra y se abalanza hacia FROILÁN con un puñal desnudo en la mano.)

FLORENCIO

¿Me conoces? (A FROILÁN.)

FROILÁN

¿Qué miro...? ¡Oh Dios...! ¡Florencio!

FLORENCIO

Sí... yo soy... muere. (Le da de puñaladas.)

FROILÁN

¡Compasión! (Cayendo.)

FLORENCIO

¡Venganza!

FIN